Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 7

San José, Costa Rica 1926 Sábado 21 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Don Santiago Ramón y Cajal



Monumento a RAMON y CAJAL inaugurado en El Retiro de Madrid, en la mañana del 24 de abril del año en curso.

Obra de Victorio Macho

Yermo y Jardín. —Hay un retrato en la entrada de la Universidad Central, allá al fondo, a mano izquierda, medio en penumbra y disimulado por los prospectos pedagógicos y administrativos de las Facultades, que creo oportuno exhumar ahora.

Una anciana cabeza enérgica y melancólica. Apoyada suavemente en la palma de la mano. Con una mirada que, como empinándose sobre unas ojeras ascéticas, sobre unas ardorosas cárcavas, aunque serenada por los mechones blancos de la frente, parece—tras haberse detenido previamente en las aulas traseras—perforar los muros del docente recinto, las calles de la ciudad, y derramarse sobre toda la meseta desnuda de España.

A los pies de esta mirada—y a modo de corroboración expresa del dúplice vistazo—están escritas estas palabras, con caligrafía sobria y sensibilizada, nerviosamente torpe: «Muchas veces se ha dicho en letras de molde que el problema de España es un problema de cultura. Urge, ante todo, cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro espíritu, salvando para la civilización y riqueza patrias todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia».

Ese retrato, que siempre me interesó; esas palabras, que siempre releí al entrar por aquel burladero verdusco de la Central, tenía ahora la fortuna de poder retrotraerlos a una confrontación auténtica y minuciosa. No olvide el lector que el último artículo me dejó, facha a facha, con don Santiago Ramón y Cajal.

* *

Cajal, hasta tenerlo frente a frente, le había obsesionado a uno con sus ojeras descarnadas, con la tristeza de su morena faz oblonga, de su dolicocefalia ibérica, pronunciando esas palabras proféticas, sibilinas, de santón en el yermo.

¡Cajal!, decía uno. Y veía todo el paisaje de Cajal, suma y símbolo del de España. Un cerro pelado, estribo mocho de sierra cercana, de una sierra volcánica de la meseta aragonsa, denudada, monda, lunar, de planeta ya frío.

Al pie del cerro, una cañada mojonando la sábana parda de la llanura.

Inscrustado en el cerro, con una desesperación de parásito intolerable, un pueblo. Esto es: unas casas de légamo recomido, de teja cascajosa, de ventanas recuadradas de cal. Unas callejas agrietadas de relejes, de albañales empedrizados y encenagados por el ruedo aluvial. Unos nimios bancales escalonados a duras penas en gradería por las laderas cerréticas. Allá al fondo, un castillo en ruinas. Y un cielo enorme, inmóvil, aplastante, en el que sólo tiembla, de tiempo en tiempo, la campana que toca a misa y la campana que toca a muerto.

¡Cajal!, decía uno. Y veía un caserón medioeval, granítico, con una portada fastuosa y derruída, abierta a una plaza irregular y desolada de ciudad levítica. El Instituto provincial. Y un viejo con chistera raída, apoyado en una caña de puño de cuerno, que atraviesa la plaza contestando gravemente a los saludos de unos chicos que en ella jugaban y que, al verle traspasar el portón imponente, unos recogen los libros tirados por el terrizo, y otros escapan callejuela de las viñas arriba, hacia la ermita de la fuente de la Salud. Y veía uno luego el piso destartalado de una capital castellana. La escalera oscura y maloliente. Entrando por los dos balcones el traqueteo de los carros que suben y bajan el alcantilado de la calle, haciendo tembletear los muebles del modesto gabinete, haciendo levantar—y esperar un rato, impaciente—el ojo aplicado a un tubo áureo y bruñido, bajo el cual colorea la redeclila fibrosa de un trocito de cerebro humano.

Las ojeras de Cajal, la osatura violenta, ardiente, de la faz berberisca de Cajal, le

habían obsesionado siempre a uno. Sobre todo, desde el día que, repasando las fotografías insertas en los *Recuerdos* de su vida, descubrimos la mocedad del Alto Aragón. ¡Aquella imagen de torso desnudo mostrando los bíceps, con una cara enconada, de pedrea, de alarido de guerra en la estepa! Imagen sólo disculpable por las otras dos, más posteriores, en que aquel salvaje hercúleo, ya vestido con un traje ancho y pintoresco de militar de Cuba, deja arder en sus ojos, a la par de la caquexia palúdica, un tremendo romanticismo insatisfecho. Cuál no sería mi asombro ahora, al buscar intencionadamente, y a seguida de tenerlo en frente, aquellos signos esteparios, aquella faz socavada por la pasión y la violencia, en la que parecía soplar el terral, en la que no había un árbol humedecido, y la lluvia caía en estériles torrencialidades, y los pájaros no se sentían, aquel rostro desigual, anguloso, requemado, y encontrar una cabeza suave, perfilada, pulida, como criselefantina, como la de un bello dracma del tiempo de Alejandro, como la de un esbozo literario de un Diderot en un salón, como la de un sabio—¿francés, vienés, italiano?—(sus melenitas de plata y su aire refinado y lleno), recién coronado por alguna estricta Academia.

Cuál no sería mi emoción al ver sustituída la cara color de yermo por el perfil sensualista, dieciochesno de un d'Holbach, de un Condillac. Por la elegancia fisonómica de un intendente luisiano del Jardín du Roy.

La célula matriz.—Esa capacidad de Cajal de haberse logrado, en una autoplasmación trascendental, una cabeza nobilísima, plutarquiana, relegando a la insignificancia todo rásgo bárbaro y eremítico, sin otro afeite que el de una cultura moral heroica, sin otro cosmético que el de haber sometido a gran presión su cerebro aragonés, me hizo pensar en la progenie espiritual de este hombre, en las condiciones etiológicas en que tal fenómeno pudo hacerse posible.

Si con un cierto método discriminador tomásemos tres o cuatro personalidades, marcadas, de la actual España—que ya sabemos cuáles son: Unamuno, Ortega, Maeztu, —y las ecuacionáramos con la de Cajal, ¿qué resultaría?, ¿qué elemento homogéneo uniría a estos cuatro organismos? Pues esta frase: «Despensa y escuela». La célula matriz de Costa. Célula a su vez, cuyo protoplasma — cuajado en una biogénesis bien analizada por *Azorín*—ahora es obvio recordar.

Cajal, Unamuno, Ortega, Maeztu, cuatro hermanos que nunca se les suele unir por esa fe de bautismo, y que yo me complazco ahora en desempolvar, son cuatro ramas de una misma estirpe. Si homogeneizados en su radicalidad, heterogeneizados luego al tomar cada una su mórfosis especial.

Cajal habla como Unamuno. ¿Lo sabían ustedes? Tiene la gran semejanza de su voz. Su voz algo aguda, atiplada, lejana, esa voz de Unamuno que parece actualizarse tras haber hecho un vasto recorrido a lo largo de las bovedas de un templo; esa voz un poco catacumbal, abovedada y remota. Cajal tiene algo más que la voz de Unamuno. Su fuego de rescoldo ibero. Pero ¡ah! mientras la llama unamunesca se tuerce y entorcha—por el gran cielo solitario de Castilla—sin fin, sin objeto, sin pucheros a sus pies que hacer hervir, la de Cajal va a lo suyo. Un microscopio, un premio Nóbel, un plantel de discípulos, un Instituto inmortal.

Cajal tiene el talento tenaz y demoledor de Maeztu. ¿Tampoco lo sabían ustedes? Pero Maeztu se vuelve luego loco para poner piedra sobre piedra y rehacer lo demolido, para arrastrar a la gente, por consolidar el edificio iconoclastado. Cajal tenaceó y desmontó también. Pero con plan, pero con proyecto previo, pero sabiendo que tras su piqueta valiente y titánica traía en sus alforjas—o, como él diría, en su mochila—los nuevos santos que adorar y enaltecer. Entre otros, su propio laboratorio.

Cajal sueña en una europeidad, en una suavización de España, en un país desbastado, ágil y alegre, como sueña Ortega. Pero mientras Ortega, con el aliento del supremo retórico liberal que es de la Península, se desparrama en literatura y oraciones exquisitas, incitando, incitando, siempre incitando, Cajal comenzó por incitarse a sí mismo, ante todo, y después a los demás.

Cajal a diferencia de Unamuno, de Ortega, de Maeztu, principió por ser obrero antes que capataz, por aportar su ejemplo antes que la solicitación de los otros, por predicar consigo mismo en la mano. Rasgo capital de diferenciación sobre sus otros hermanos de estirpe.

Hizo literatura tras hacer ciencia. Y si hizo literatura no fué por hacer literatura.

La literatura de Cajal.—Ninguno ha hablado con atención de esta parte final de mi libro *Reglas y consejos sobre investigación científica*—me dijo al dedicármelo sobre aquella modesta mesa del Laboratorio.—Se han fijado en mis charlas de café, en las anécdotas de mi vida, pero no en ese rincón de mi literatura. Se trataba del capitulo titulado *Deberes del Estado en relación con la producción científica*. Unas páginas que, después de leídas, puede uno afirmarlas como la historia más sucinta y perfecta de la decadencia de España.

Contra la latente invitación cajaliana tampoco yo—por ahora— he de hacer en ese rincón más hincapié. Me urge ondear el resto de su literatura, ya que sobre ella corre una opinión algo peyorativa, queriendo malignamente confrontarla con la obra científica. ¡No! La literatura de Cajal no es un ocio de histólogo. La literatura de Cajal es algo que deberá pasar en primera fila a un género humanista apenas cultivado ya en España.

El gnómico, el aforístico. Porque Cajal se biparte literariamente: En el pedagogo genial que logra con sus parrafadas optimistas, confidentes, un vivero de entusiastas, una germinación de biólogos españoles hoy ya gloria del país. Y en el sabio—sabio de la vida, de las cosas y de los hombres—que al declinar su tránsito vital siente la musa clásica de Epicteto, de Séneca, de Gracián, de Chamfort, ponerle la pluma sobre el libro.

Gran aragonés proteiforme, a lo Goya, a lo Azara, Don Santiago Ramón y Cajal es el más perfecto hombre antiguo que tenemos. Trasformad su indumentaria de gabán y flexible; su tertulia famosa del Suizo; sus paseos por riberas del Manzanares, como se debe. Una capa y unas sandalias, con la cabeza alta y serena, como el Esquines de Herculano, dialogando con un corro de sofistas, a lo largo de un riachuelo ático, bajo un cielo azul. en un paisaje de olivos y de viñas. Y tendréis su vera imagen. Y no digo su monumento porque su monumento está por hacer. Allá, en la estepa de Ayerbe o de Petillas, cerca del Pirineo, un simple y alto obelisco, sobresaliente sobre las casas, sobre los cerros, sobre las testas de los demás vecinos. De modo que el vértice atalaye—traspirineos, tras la verdadera barrera secular de nuestro enquistamiento nacional, de nuestra soledad, de nuestra decadencia—las miradas azules y serenas de los demás altos europeos. Y al pie de este obelisco, las palabras tranquilas de Solón:

Salvé sin tiranía el patrio suelo
y sin usar de inexorable fuerza.

E. Giménez Caballero

(*El Sol*, Madrid).

La recompensa

Para Aurora Estrada y Ayala,
noble espíritu de América.

¡Cuánto bien que me ha hecho esta pena!
Me ha traido como un despertar,
pues había dejado el camino
que conduce al supremo Ideal.

Complacido de toda locura,
y sin rumbo, viviendo no más,
olvidéme de toda nobleza,
sin mirar, sin sufrir, sin pensar...

Lo que había de Dios en mí mismo
adentro, en silencio, se puso a llorar;
entonces la vida rompió los vendajes,
encendió mi lámpara y me dió la paz.

El dolor se hizo flor entre mi pecho
y en crisol divino se tornó ese mal.
Ya lo miro todo como de una cumbre,
siento que ya vivo la inmortalidad!

Rogelio Sotela

Costa Rica, 1926.

Animia

A JOSÉ D. CORPEÑO, generoso compañero de ruta, que me ofreció, cuando más sed tenía, el agua confortante de su amplia y caritativa comprensión.

Este es uno de los Capítulos de la obra LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA, que acabamos de recibir. De hondo valor ideológico es este libro. Los que leyeron con interés y provecho el *Ensayo sobre el Destino,* leanse esta nueva obra de Masferrer. Disponemos de algunos ejemplares, que vendemos a $1 (₡ 4).

1.—Hasta una región muy alta en la Atmósfera, se encuentra todavía la tierra, hecha como aire, sutil, flotante y vagarosa [1]. Es la vellosidad del musgo, el plumón de la garza, la mota del algodón y de la seda, el polen de las flores, la borra de la lana, el desgaste de la madera y de la piedra, las fibrillas del lino, los últimos residuos de las hojas calcinadas del sol, las cenizas del carbón y de la leña... una como pulverización de todas las cosas, que se van a lo alto ansiando libertarse de las pesadas formas terrestres.

Tan arriba llegan esos detritus, que sólo las aves de remontado vuelo conocen aquella región de la atmósfera donde el aire se encuentra limpio ya de los desechos de la tierra. Es como una zona intermedia, donde la tierra se aerifica y el aire tiende a terrificarse. Mas, aquella zona transitoria, no solamente se halla infestada de ese polvo sutil en que todos los sólidos se mezclan y confunden, sino que infinidad de vapores y humos procedentes de combustiones y evaporaciones, ensucian con su pesado aliento las tenues ondas del fluído aéreo: hierro y plomo, cobre y mercurio, estaño y zinc, hullas y lignitos, grasas y petróleos y óleos, disueltos o vaporizados por la combustión, basuras y desechos sin número... andan allá arriba, confundiéndose con las nubes, mezclando sus opacidades con la blancura de las nieves, inficionando con sus pestilencias el hálito impoluto que viene del azul inaccesible.

Aquella región es todavía la tierra, y ahí andamos todavía nosotros, con nuestras impurezas y desasosiegos, con nuestras enfermedades y concupiscencias, hechos polvo y humo, como tiene que ser, al fin, toda vanidad y engaño.

Todavía más alto, mucho más alto, suben las aguas del Océano, saturando el aire con sus finísimos y latentes vapores, que sólo descienden a manifestarse como nubes para revelarnos con sus irizaciones la gloria del Sol, o para deshacerse en lluvias que lavan el aire y el suelo, y arrastran al Mar, para que las purifique y restaure, todas las deyecciones y escorias de la vida terrestre. Y sólo más allá de las polvaredas y humosidades, y más allá de donde las nubes y las nieves duermen en formas invisibles, y más allá, muy alto, lejos de toda contaminación y profanación, en los confines del Azul, comienza, por fin, EL VERDADERO AIRE, inmaculado y diáfano, puro y sutil como un espíritu, impregnado todo él de virtudes y efluvios, y sobre cuyas ondas vuelan como relámpagos los hálitos del Fuego y las impulsiones de la Energía.

Ahí se acendra el alma del Planeta, la segunda atmósfera, que llamamos Animia, de la cual es una concentración nuestra alma, y cuya prolongación hasta el centro del núcleo terrestre, forma el PLANO ANÍMICO o emocional, donde se generan y actúan el Deseo y la Emoción, en sus mil manifestaciones.

Ahí van a vivir, libres de cadenas materiales, los seres que han perdido, muriendo, la forma corporal o física. Ahí viven, dentro de su nueva forma, qne es ahora anímica y lumínica, los seres *desmaterializados*, ajenos a toda función corporal; incapaces de toda acción o reacción que necesite el concurso de los órganos físicos, pero viviendo aún con una vida amplia e intensa, pues conservan la mente y el alma, y, por consiguiente, sufren y ejecutan de manera perfectamente natural, todas aquellas acciones y reacciones que son propias de la mente y del alma.

Aquella existencia en la Animia, no es el final, la disolución, el aniquilamiento, sino, sencillamente, una vida distinta, otra vida: *la vida en otro medio.* Es como si un pez, mediante un proceso que suprimiera algunos de sus órganos actuales, y le diera en cambio otros nuevos, como brazos en lugar de aletas, pasara a vivir en la tierra. O como si un cuadrúpedo, mediante un proceso similar, pasara a vivir en el agua. Es, en fin, como lo vemos tantas veces, el paso de la Oruga, mediante el proceso del sueño en el capullo, a la vida esplendente del aire y de la luz.

2.—Aquellos seres viven, pues, en la atmósfera que se llama Animia, y esa atmósfera no es para ellos un medio totalmente desconocido, sino, en cierta medida, similar del que habitaran antes; sólo que ahora, viven en una zona superior, donde no hay ni agua ni tierra, sino aire purísimo y otros fluidos más sutiles: fuego, energía, magnetismo y luz. En esa esfera Anímica viven, es decir, sienten y piensan y aspiran.

¿Qué vida? La propia y natural de su constitución presente, que es una forma compuesta de aire, fuego, energía, magnetismo y luz. Aire superior, del más puro y sutil, en la proporción suficiente para servir de *núcleo* a la nueva forma; fuego y energía, predominando; en fin, magnetismo y luz, en la misma proporción que tenían al dejar la forma corporal.

¿Qué le falta a esta renovada criatura de lo que antes poseía? La tierra y el agua, y el aire denso e impuro de las regiones inferiores.

Le falta el *cuerpo*, y faltándole, no puede ejercer ni experimentar la mayor parte de los actos y de las sensaciones propias de la vida corpórea, y sí, solamente, aquellos en que la influencia del cuerpo denso no era decisiva ni necesaria.

Por consecuencia de esta falta de órganos corporales, se comprende que la comunicación entre nosotros y los seres anímicos es, sobre toda ponderación, difícil, confusa e incompleta. Y no decimos imposible, porque todavía hay entre ellos y nosotros un fluido material, que nos es común—el aire, que antes fué en ellos lo más sutil del cuerpo, y ahora es lo más denso. Y también, porque teniendo ellos, lo mismo que antes, su alma y su mente, pueden en ciertos casos trasmitir a nuestra mente y a nuestra alma, las vibraciones de su pensamiento. En tal caso se produce en nosotros, segun la naturaleza de aquellas vibraciones, la ilusión de oir, o de ver, con más o menos claridad y fuerza; y si hubiere en nosotros una imaginación viva y ejercitada, aquellas ilusiones llegarán a tomar el aspecto de las realidades sensibles.

Así se explica el fenómeno de la zarza ardiente que vió Moisés, la cual trascendió de su imaginación al exterior; así se explica la visión de San Pablo, camino de Damasco, cuando Aquel a quien perseguia imprimió en su mente una imagen intensa, que trascendió en forma de visión y de palabra, diciéndole: Pablo, por qué me persigues?

Fuera de tales casos, no hay comunicación posible con los seres desmaterializados, y nunca tal comunicación puede realizarse directa y materialmente.

Los fenómenos que la credulidad atribuye a que *los muertos* andan aquí, *asustándonos*, o simplemente respondiendo a preguntas necias con necias respuestas, son creaciones de la fantasía exaltada, predispuesta, que ve y oye lo que piensa ver y oir.

3.—Sepamos que aquella región de la Animia, es un mundo tan amplio y luminoso y eficiente como éste que habitamos ahora. Y en aquel mundo se desarrolla una vida tan varia, rica y dilatada como la que se dejó aquí en la tierra, o acaso más; pues si faltan los fenómenos materiales, hay en cambio otros, numerosísimos, que aquí no son posibles. La idea expresada por San Pablo, de que *las cosas visibles son imagen de las invisibles*, nos puede ayudar a concebir el vasto mundo Anímico, poblado no solamente de hombres que han ascendido desde la atmósfera Material, sino de innumerables seres, *propios* de aquel medio, y de otros muchos venidos de más alto. Así como vemos aquí innumerables formas de plantas, de piedras y de animales, en tal diversidad que apenas la fantasía puede abarcarlas, así en el mundo Anímico veríamos, no solamente las formas terrestres, en en estado sutil y como bosquejadas, sino

---

1 En todo este ensayo, la palabra tierra, con minúscula, significa *lo sólido.* Lo mismo para el adjetivo *terrestre.*

otras muchísimas, que *aun no han llegado a encontrar su expresión en el plano de la Materia*, y otras que, si tuvieron aquí, en remotas edades, una realización corporal, *ya no la tienen*, porque el medio Físico ha dejado de ser adecuado para expresarlas. Tales son las especies gigantescas, antediluvianas, de las cuales sólo tenemos ya los fósiles; tales son, también, las criaturas llamadas mitológicas, de que nos hablan las leyendas de todos los pueblos, como dragones, sirenas, ondinas y elfos, que ahora reputamos como creaciones de la fantasía, pero que tuvieron un día, real y corporal existencia.

* *

La vida en el Mar puede mostrarnos actualmente una semblanza de lo que venimos exponiendo sobre las formas en la Animia. Si bien observáis, hallaréis que casi todos los animales terrestres conocidos, tienen en el mundo de las Aguas, *un doble*, un esquema, un esbozo, más o menos diseñado, de lo que luego habían de ser como seres terrestres, al corporizarse en el medio *Sólido*. ¿Quién no conoce al león marino, al lobo marino, al pez-sapo, al pez-gorrión, al unicornio, al caballito marino, a la vaca marina, al elefante marino, al perro de mar, al pez-cerdo, a las culebras de mar, y mil más, que pueden contemplarse en los acuarios? ¿Quién no se quedó extático, en presencia de aquellos extraños seres que se agitan detrás de las vitrinas, y que son evidentes diseños de los que ahí, ante sus ojos, se agitan en las jaulas o en las pajareras? Por escasa facultad sintética e imaginativa que se posea, se comprende enseguida que todas nuestras formas terrestres, son la concreción detallada y acentuada de las formas acuáticas; se adivina que todos estos animales que pacen en los bosques y en los prados, fueron antes ensayados en las soledades marinas, y que los seres acuáticos, fueran *las ideas*, las prefiguraciones de los seres terrestres...

Y esta creación esbozada, esta figuración acuática de lo que luego había de ser realización terrestre, no fué acaso el primer esbozo de tales criaturas. Probablemente, antes de tomar una *apariencia* en el mundo Oceánico, esas formas fueron nebulosamente *ensayadas* en el mundo del Aire. En el Aire, en formas invisibles, sumamente sencillas, apenas delineadas, como un pensamiento que se inicia, existieron, sin duda, estos seres que andan ahora en los arenales, en las selvas, en las sabanas, llanuras y montañas de nuestro ambiente Sólido, y que luego vivieron (viven todavía) en las llanuras y en las selvas del Océano.

¿Y las aves? ¿No existió, por ventura, una fauna aérea, invisible, que fué diseño *ideal* de estas aves que vemos ahora realizadas tangiblemente, ya más torpes, articuladas y gravitantes en su manifestación visible y terrestre? Algunas de ellas, bien se advierte, fueron antes modeladas en el medio acuático, pues hay peces que en colores y formas, son casi pájaros; otras, acaso, fueron de una vez moldeadas en el crisol terrestre; otras, ya no existen como especies acuáticas; otras, quizá, aun no han pasado de la vida oceánica, y sueñan y tantean una forma que les permita vivir una vida más real y más concreta.

* *

Pues así, de una manera semejante, concebimos un ambiente Anímico, en que las formas, antes de ser aéreas, ni acuáticas, ni terrestres, han vivido y viven, —*acordes con su medio*—llegando unas hasta la configuración terrestre; otras, hasta la forma acuática; otras, sólo hasta la forma gaseosa. *Según cada una aspire* a manifestarse en los diversos medios, y según encuentre en ellos condiciones propicias a la expresión de su espiritual naturaleza.

4.—Tocante a los hombres desmaterializados, una vez que ya traspasaron las regiones intermedias del Aire, y luego, adaptándose lentamente, las regiones más altas, llegan al mundo Anímico; y ahí vive cada uno, *según el medio, y, principalmente, según cada uno es.*

Pues allá como aquí, como en todos los planos y esferas del Cosmos, el medio es la *influencia secundaria*, femenina, mientras que el yo, es la *influencia primaria*, masculina. El *medio*, es el barro, la piedra; el yo, es el escultor, el artista. El medio es, naturalmente, una fuerza, una gran fuerza, la *segunda* de las influencias del Cosmos, que a veces predomina y llega a decidir pasajeramente; mas el espíritu, el yo, es la primera, la más poderosa y eficaz, y por consiguiente, la modeladora de la vida; ya sea como forma, ya como inteligencia y conciencia.

En virtud de ese predominio del espíritu, que se ejerce como aspiración, como anhelo, como voluntad, el hombre *crea su propia vida*—en cualquier plano o esfera en que se halle,—en armonía con las extremas posibilidades que aquel medio consiente como expresión del ser. Así, en la Animia, puede uno ser feliz o infeliz, alto o rastrero, luminoso u oscuro; en consonancia con lo que su espíritu aportó de aquí abajo, y con los alcances de *su aspiración* [2].

* *

Lo que las religiones han enseñado sobre castigo y expiación en *una vida ulterior*, se explica bien, entonces, sin necesidad de suponer un lugar donde todo sea horror y tormento, (por más que en la variedad y riqueza inagotable del Cosmos caben tales mundos), con sólo admitir esa *hegemonía del espíritu*. En cierta manera, el Universo todo es un edén, un florecimiento, un desbordamiento de luz y de ritmos; *una sinfonía, para quien se halle en capacidad de sentirla y de comprenderla:* La misma flor que para mí sólo da acíbar, para la abeja sólo ofrece néctar. Aquí donde la rana ofende con sus gritos, aprendió a cantar el jilguero; y aquí donde el vampiro sólo alcanzó membranas para su torpe voltejeo, en busca de la sangre, la fragata halló, *buscando alturas y trasparencias*, unas alas que cruzan el Océano; y la golondrina, el impetuoso vuelo que convierte los aires en un campo de juegos.

Sin duda que ha de haber en el Cosmos, astros oscuros, tormentosos y tristes; aun más que la Tierra, que ya fué llamada, justamente, valle de lágrimas, ha de haber mazmorras, donde las criaturas rehacias, a *fuerza de dolor*, enderecen el camino torcido y tiendan otra vez a vivir en la Ley, que es amor y justicia. Mas el purgatorio y el infierno, no son exclusivamente de aquí ni de allá, sino de todas partes y de siempre, como de todas partes y de siempre son la ventura y el edén. A donde quiera vaya el espíritu del hombre, llevará consigo sus alas y sus grillos. Y, precisamente, la ley es: *que no vaya a lugares tristes y dolorosos*, si en su alma reinan la luz y la alegría *y que no vaya donde imperan la luz y la alegría*, si reinan en su alma la oscuridad y la tristeza.

Porque *una* es la ley en el Universo todo, y ella nos enseña, que el *hoy* es fruto del *ayer*, y que no es el suelo sino la planta, quien ha creado la flor.

ALBERTO MASFERRER

(*La Prensa*, San Salvador, Sábado 27 de marzo, 1926).

2 Véase el *Ensayo sobre el Destino*, págs. 9 a 10

Errata

del artículo de José Cecilio del Valle. En una de las referencias que hay al pie donde dice: «Este memorable artículo lo redactó Valle el 23 de *julio* de 1822, léase: el 23 de *febrero* de 1822.

Rogelio Sotela, poeta y hombre de letras

Esta noticia sobre la vida literaria de Rogelio Sotela la escribimos con el propósito de leerla en una velada reciente a cuyo concurso se nos invitó. Causas involuntarias lo impidieron en esa determinada ocasión, pero, no obstante, nos complacemos en provocar esta nueva para hacerlo.

Y es que siempre es regocijo para el espíritu decir bien de los poetas, porque hay en ello ocurrencia siempre renovada, juicio siempre interesante, asunto amable merecedor del discurso sereno.

Tan nobles signos y tan aristocrático empleo del pensamiento han de suplir con creces nuestra menguada elocuencia y serán eficaz disimulo del pauperismo de esta prosa de basto similor.

Nuestro poeta no es advenedizo trashumante en el país del Arte, sino oficiante ordenado con todas las de ley para su nobilísimo ejercicio. Asaz lo evidencian así los flamantes trofeos con que pudiera llenar alegóricamente los cuarteles de su blasón.

Del credo estético de Valle-Inclán hemos adoptado la siguiente sentencia, suficiente para satisfacer nuestra invención del Arte: «No es la verdad aquello que un momento está ante la vista sino lo que perdura en el recuerdo».

Desde la vesania constituída en escuela de índole extrema, con etiquetas de *cubismos* y *futurismos* (carnestolendas periódicas del Arte), hasta el cartujo conservador, sumiller de los salones académicos, toda la fauna, en fin, que sirvió al judío Max Nordau para ejercer su nihilismo experimental, ha dado ya las más recónditas vibraciones y las más estridentes disonancias, pero de toda la infinita orquestación ha prevalecido únicamente «no lo que un momento está ante la vista sino lo que perdura en el recuerdo».

***

Rogelio Sotela es ogaño uno de los jóvenes mejor preparados entre nuestra intelectualidad y seguramente el que más interés ofrece al comentador de su obra múltiple y copiosa.

Su primer triunfo data de 1914.

La ocasión de los Juegos Florales organizados en ese año le sirve para presentarse «oficialmente» en el mundo intelectual con la ejecutoria lírica de su poema laureado *El Triunfo del Ideal*. Y si bien en ese poema el crítico oficioso encontraría algunos motivos para acotaciones hostiles, en cambio, acusa ya al artista que ha de enjoyar en 1917 la literatura de América con la *Oda a España*.

Es de notar que en 1914 el poeta es todavía un adolescente de 18 años, para quien la Literatura, en especial la Filosofía, es aún fuente sellada.

Apenas había merodeado, sin orden ni sistema para el estudio, entre el realismo crudo y amotinado de Zolá; las algaradas plebeyas de Vargas Vila; los artificios sibaríticos del orfebre D'Annunzio y las fiestas sexuales que ocurren en el contorsionado castellano de Felipe Trigo.

Mas, luego le apasionan Emerson, la Biblia, los clásicos castellanos, Dante... Y, a poco, esas influencias trascendentales tienen manifestaciones inconcusas en su vida y en su obra.

Ahora sí ha logrado ordenar sus hábitos de trabajo, y se preocupa de enriquecer su laboratorio bibliográfico; inventa disciplinas eficientes para el estudio y su atención vigilante logra penetrar el arcano.

Para nosotros, que hemos presenciado el proceso gradual y laborioso de la cultura que hoy posee Rogelio Sotela, no han sido novedad ni sorpresa los triunfos frecuentes que ha conquistado en varios órdenes de la actividad mental.

El triunfo precoz de 1914 da poder a las alas del poeta y temple a su voluntad de estudiante ávido, insaciable, que anhela conocer el panorama infinito, apenas presentido en su adolescencia, mirado apenas a hurtadillas, codiciado, como lo son las primicias frutales del huerto por el granuja que otea a horcajadas sobre el muro acérrimo que define el límite del derecho ajeno.

Por aquel entonces sus aficiones literarias lo hacen fraternizar en proficuo convivio intelectual con tres jóvenes de mérito, ceñidos ya todos con los laureles del triunfo.

Fueron ellos: Rafael Cardona, vigorosa mentalidad que asombró a nuestros intelectuales con su *Poema de las Piedras Preciosas*, escrito en plena adolescencia; Paco Soler, el ironista incorregible, feliz animador de personajes, malabarista de la frase, que tuvo el capricho de vivir, al igual que Wilde, la vida de la eterna paradoja; y Camilo Cruz Santos, estilista, Benvenuto de la frase, atormentado por la línea pura, por el pliegue armonioso...

Hemos pensado siempre que la camaradería con estos jóvenes intelectuales influyó de manera notable en la evolución ideológica de Rogelio Sotela.

Más de una vez sorprendimos la fe inquebrantable de su espíritu inquisidor devorando volúmenes al claror vigilante de su lámpara, pergeñando tal vez un poema simbólico, rematando quizás bizarramente un soneto...

El año de 1916 es fecundo en triunfos para el poeta. De entonces datan sus Poemas *Un cuento del Quijote*, *La Epopeya del Siglo* y la *Oda a España*, laureados todos en diferentes concursos.

A la sazón ya no es posible dudar que el poeta está bajo la égida de las hijas de Mnemosina...

Su producción, dispersa en revistas y periódicos nacionales y extranjeros, es ya copiosa y, en 1918, colecciona una feliz selección en el volumen *La Senda de Damasco*, su primer libro que logró interesar justamente a varios críticos de América.

Es de notar la importancia de este suceso, puesto que los volúmenes de versos que en emigración lírica se cruzan al través del Continente son tantos que no bastarán Menéndez y Pelayos en legión para comentarlos y juzgarlos. Son verdaderos Himalayas de infolios innocuos los que apolillan y pudren en condiciones impolutas, sin que jamás rozara la virginidad de sus páginas otra mano que la del obrero encuadernador.

Sin que llegáramos a la afirmación rotunda y fanática de conceder la trascendencia de un Jordán definitivo a los juicios de la Crítica, sí es siempre significativo el hecho de que un libro merezca el comentario de los grandes maestros de la Literatura.

Por ello nos referimos con complacencia al buen suceso que promovió la aparición de *La Senda de Damasco*.

No se conforma, sin embargo, el aedo con sólo la campaña de su lira, sino que su ambición loable lo impulsa a ir más allá de los límites de su fuero lírico, y emprende la conquista del país desconocido.

Y se esboza el ensayista.

Es de observar que su espíritu infatigable ha logrado desentrañar arcanos y símbolos de la Literatura del Oriente, que su erudición en asuntos de ocultismo es vasta, que la Biblia le es ya familiar y que ha solidarizado su credo emotivo, a base de conocimiento, con Emerson.

La vasta cultura le da ánimo para la empresa múltiple y se hace notar su intervención feliz en algunos ensayos que ofrece al público con éxito lisonjero. Por ejemplo, su estudio sobre la obra inmortal de Alighieri, vertido luego al inglés por una importante Revista extanjera.

La labor crítica atrae preferentemente su atención.

Pero es de observar que esa crítica que emprende no tiene carácter beligerante. Es simple acotación de índole estética, juicio de selección análogo al de la abeja que, en viacrucis vernal a través de los cármenes, solamente aprovecha el licor recóndito del Himeto...

Varios de sus comentarios sobre escritores nacionales son coleccionados y publicados en 1920 en el volumen *Valores Literarios de Costa Rica*.

Ya alguien, parodiando a Gómez Carrillo, quien descubrió que no todos los «Raros» de Rubén Darío eran en verdad «raros», hizo notar que en el libro de Sotela no todos los «Valores» eran «valores» efectivos.

A fe que poca importancia se deriva de tal observación tendenciosa, pues la condición fiduciaria de ciertos valores intelectuales depende de una multitud de factores, factores proteicos, según sea la pedagogía democrática que se haya personificado en ese temible fantasma llamado la Opinión Pública.

Lo que sí resulta indudable es el mérito de la obra por lo que ella pregona de esfuerzo acertado y de estudio perseverante.

Ese libro infunde a su autor la idea de una empresa magna, al parecer superior a sus fuerzas: una antología, completa y comentada, de todos los escritores y poetas de Costa Rica.

En tal empeño le vimos trabajar con voluntad de acero, sin detenerse a contemplar las dimensiones de la montaña que era preciso derribar.

Porque, debe notarse que no se trataba solamente de dar cima a la ímproba y prolija labor de archivos, semblanzas y selecciones, sino que, por otra parte, el índice inflexible del impresor mostraba un presupuesto resumido en un guarismo único, desconcertante, infranqueable como un abismo para la solvencia del taumaturgo.

Sin embargo, su energía capitosa fué suficiente para resolver todas las dificultades; y lo que no logró la fe lo obtuvo el ingenio.

Fué así como se enriqueció la bibliografía nacional con la obra *Escritores y Poetas de Costa Rica*, obra que evidencia un esfuerzo antes no intentado entre nosotros.

Debemos todavía referirnos a su libro *Recogimiento*, cuya segunda edición acaba de aparecer acogida por una editorial española.

Recogimiento es un breviario filosófico, venero de sabiduría, amor y conocimiento. Acervo de reflexiones y pensamientos que son a manera de un amable Mentor lleno de tolerancia, que se afana en interpretar el signo trascendental de la vida.

Hay en *Recogimiento* indudablemente una labor notable de compilación; pero precisamente en esa asimilación de las ideas, cuyo patrimonio no es de nadie, en esa justa proporción de los términos ordenados con sabia armonía, en esa exposición amable que nos permite retozar en charla eutrapélica con todas las teorías, en ese equilibrio del término al que hace converger nuestro anhelo espiritual, en todo ello reside el encanto de este breviario emotivo...

Y como producción reciente: el hondo y sugerente *Poema del Silencio*...

Mas ya concluimos nuestro propósito y damos fin a esta noticia sobre la importante obra literaria del poeta Rogelio Sotela.

CLAUDIO ETHAL

San José de Costa Rica,
noviembre de 1925.

Aurora de verdad

=Del tomo *Víspera del Gozo*, por PEDRO SALINAS. «Revista de Occidente». Madrid=

Las citas con Aurora eran siempre por la mañana, porque entonces el día recientísimo y apenas usado es todo blanco y ancho, como un magnífico papel de cartas donde aún no hemos escrito más que la fecha y en cuyas cuatro cuartillas podremos volcar todas las atropelladas efervescencias del corazón sin que haya que apretar la letra más que un poco, al final, anochecido, cuando siempre falta espacio. Como la hora señalada eran las diez, Jorge se despertaba a las ocho y media. Lo primero que se encontraba, allí a su lado, enorme e impalpable, era la ausencia de Aurora. Ausencia por un momento inexplicable, ya que su amada estuvo toda la noche junto a él, más efusiva y cariñosa que nunca y no había motivo para que ahora, precisamente al abrir los ojos, dejara de verla, para que aquella conversación, recién iniciada, sobre un tema apasionante (pero imposible ahora, despierto, de recordar) se quedara así, empezada y cautivadora, como un periplo conservado en un palimpsesto incompleto. Saltaba de su cama, estrecha y unipersonal, e iba derecho a la mesa de escritorio, con aquella manía suya de anotarlo todo, para apuntar el primer adverso acontecimiento del día: «A las ocho y media, pérdida de Aurora». Pero al llegar frente al cuaderno dietario, antes de coger la pluma le saltaba a la vista la última frase escrita la noche anterior: «Mañana, a las diez, cita con Aurora». Y ante el descubrimiento de que ese mañana de anoche estaba ya logrado y maduro, como una ciruela en su rama, colgado de los árboles del *square*, balanceándose sin prisa en el cielo, de que ese mañana era hoy, la tranquilidad renacía con la conciencia, y Aurora, como uno de esos objetos que se nos caen de las manos, pero que logramos atrapar antes de que lleguen al suelo, parecía sin haberse realmente perdido. Abría el balcón, miraba el reloj, en busca de corroboraciones. Entre la Aurora del sueño irreal y discursiva, recién abandonada entre las sábanas, a la otra verdadera y silenciosa que iba a encontrar muy pronto en el Museo, corrían como entre dos orillas gemelas y separadas, noventa minutos, hora y media, lentas aguas.

Jorge no se paraba a mirar melancólicamente a aquella ribera distante aún y deseada, sino que, alegre y provechosamente, con el baño, con vestirse y desayunar, suprimía distancias. A las nueve y media estaba en la calle. Y aunque la reunión con Aurora era para treinta minutos más tarde, en cuanto salía al bulevar empezaba ya a encontrársela. Porque no hallaba a Aurora de pronto, de una vez, por súbita aparición ante la vista, sino poco a poco, ¡por ¡lentos avances, como da el filósofo con la verdad, a fuerza de elaboraciones interiores prendidas en severos datos reales. En el asfalto, por el suelo, lo primero que veía era la sombra de una modistilla transeúnte, sombra exactamente parecida a aquella de Aurora, cuando el día anterior, yendo los dos por el Parque, se inclinó Jorge a recoger el abanico, que se le había caído, y tropezó, allí detrás, en la arena dorada con una Aurora compendiada y exacta, azul y vagamente deformada como una imagen en el fondo del estanque. Ya, apenas salido a la calle, tenía de otra, pero tan suya, la sombra de Aurora. Y en seguida, a cada paso se encontraba con más cosas de ella. Porque aunque era única e inconfundible, estaba, sin embargo, en todas partes, flúida, preciosa y desaprovechada, como un agua sin forma. Precisamente aquella dama alta y seca, que cruzaba en aquel momento la plaza, llevaba un sombrerito de paja de Italia como el que ella se había traído, y puesto un día con cierto rubor de turista romántica, de su último viaje a Florencia. Seguía Jorge muy contento de haber espigado, en tan breve espacio, dos fragmentos de su amor completo, una sombra y una cofia de paja; y de pronto en la plataforma de un tranvía que pasaba salpicando a todo el mundo de atención y campanilleos iba una muchacha—invisible el rostro, vuelto hacia el otro lado—, pero que para guardar el equilibrio tomó una postura de torcido reposo, de atormentada estabilidad, igual a la que ensayaba Aurora una tarde, en el barco, sobre las movidas aguas del Canal para darle una idea de cierta línea exquisita y difícil de una escultura de Estrasburgo. Un poco más allá, veía a una joven que, a pesar de su honesta apariencia, llevaba pendiente del cuello a modo de un precioso colgante, triangular y rosado, y cual si fuese suyo, el descote de Aurora. Y por una calle afluente al bulevar, distante y de lado, como una idea complementaria, llegaba la ondulación suave del Mediterráneo, herido por el viento, como si aquella blusilla azul y levísima que temblaba a cualquier soplo, aquella blusilla de Aurora, tan aficionada a cambiar de trajes, la hubiese tirado anoche al mar su amiga.

Poco a poco la figura aún invisible y distante se formaba por la coincidencia de aquellos abigarrados elementos exteriores que la ciudad le ofrecía sueltos, incoherentes, pero que él, gracias al modelo, a la imagen ejemplar que llevaba grabada en el corazón, iba colocando cada uno en su sitio igual que las piezas de un *puzzle*. Y ya faltaban muy pocas, porque como la ciudad era tan animada y abierta, con perspectivas hondas de mar y de montaña, tan rica de tráfico y abundantísima en razas y variedades indumentarias, formas, líneas, colores de todas clases le salían al paso copiosamente, quietas y embalsamadas, unas, como las frutas, los rebrillos de alhajas y los visos de las telas, tras los cristales de los escaparates, vertiginosas e indecisas otras, trajes, rostros de unos oficiales árabes, que cruzaban a toda velocidad en un automóvil,

algunas, las más infelices, sujetas y atormentadas por su liberación en verdes manoteos de árboles, detrás de las verjas de los parques y las más venturosas, libres y sin dueño, girovagas en el aire matinal, jirones de nubes, vilanos. Y sin embargo, a pesar de aquella opulencia de recursos y a pesar, sobre todo, de lo claro que estaba el original deseado en su corazón, Jorge no podía encontrarse realmente con Aurora entera y cabal hasta que la tuviera delante, porque siempre le faltaban unas cuantas cosas esenciales, huecos que no podría llenar mientras que ella con su primer saludo no le diera, en la sencilla fórmula del «Buenos días», aquellas tres piezas únicas e insustituíbles: mirada, sonrisa y voz.

Ya se iba acercando al Museo, llevando aquella figura descabalada, una estatuilla deliciosa e incompleta a la que había que poner ojos, dibujar labios e infundir palabra, hacerla obra vivificada y perfecta, cosa que no lograría sino con la colaboración de Aurora, colaboración fácil, y sin pena, simple presencia. Subió las escaleras del Museo y, como siempre, el portero le llamó para advertirle que se había olvidado de dejar el bastón. Era muy temprano y no había más público que el compuesto por todos esos personajes insignificantes y menores de los cuadros holandeses que se pasan todo el día, inmóviles y admirativos, vigilados por los guardianes, sin duda por no ser gente de confianza, en el Museo, para ver de cerca y detenidamente a tanto príncipe y señor engolado y solemne, de los retratados por Tiziano y Rubens. Aurora y Jorge habían convenido en citarse cada día en una sala distinta, por orden estrictamente cronológico, lo cual si tenía el inconveniente de parecer a primera vista escolarmente pedantesco, ofrecía a Aurora un fondo cambiante y siempre bellísimo, de acentuada progresión hacia la luz y el calor, haciéndola pasar por delicadas transiciones, del ambiente de rocas, torpe y seco de Giotto, a las flores de Renoir, de una concepción del mundo teatral y enfática al modo veneciano, a esta liberalidad alegre, jugosa y semidesnuda, de los paisajes con ninfas, pintados hace diez años.

Llevaban casi un mes de verse, y aquel dia la sala de reunión era la de Turner. Así que Aurora sería el único ser vivo poblador de aquel paraíso ultraterrenal, la Eva creada al revés, antes que el hombre y esperándole en un mundo recién inventado, vago, cálido y palpitante aún, y que tenía por árbol de la ciencia un espléndido pino de Italia. Empujó la pesada puerta y sintió en seguida la atmósfera densa y caliente, de treinta y cinco grados, de aquella pintura. Eva, Aurora, no estaba, la creación se había retrasado; y Jorge comenzó a pasear por aquel cosmos grandiosamente elemental, donde el aire, el agua y la tierra no se diferenciaban bien unos de otros porque Dios acababa de separarlos, un deseo de Aurora, un afán primigenio y adánico de la mujer compañera. Desdeñoso de los cuadros en torno, se volvió hacia su imaginación, donde la vería, a ella casi completa, tocada, vestida, calzada con aquellas impalpables prendas espigadas en el camino y el recuerdo. Sí, así era: iba a llegar, en realidad, pero estaba ahora tan familiar, allí dentro tan parecida, hecha casi por él, que su aparición no le sorprendería sino como la última inspiración felicísima que da remate a un poema trabajado mucho tiempo y que ya se sabe casi de memoria. Se acercó al ancho balcón que daba a los muelles; precisamente en aquel instante se escapaba del campo visual desde allí dominado, viniendo hacia acá, como para entrar el en Museo, una figura femenina, que apenas si pudo entrever, pero que así en fugaz mancha con su sombrero pajizo, su corpiño azul su rosado descote respondía a la imagen interior de Aurora trazada por Jorge sobre su imagen real de la víspera. Sí, ella tenía que ser. Pero mientras Jorge inclinaba su última duda sobre la silueta fugitiva y perdida, Aurora, sin que él la sintiera, había entrado en la sala. «Vengo un poco tarde, ¿verdad?» Retumbaron las palabras por encima de aquellos paisajes desiertos, llegaron a Jorge amplificadas, prolongadas por el eco que suscitaron en un *Amanecer entre rocas* que había colgado a la izquierda. Se volvió, y al verla, un asombro inmenso le sobrecogía. Porque Aurora llevaba un sombrerito obscuro de gamuza, traje gris y sin descote, y se acercaba ella sola, sin la sombra azulada de ayer, de hace un momento en la calle. La creación fidelísima, de la mañana y el pensamiento, la figura inventada y esperada se venía abajo de un golpe, porque la había labrado con lo conocido, con los datos de ayer, con el pasado. Y lo que tenía delante, intacta y novísima, en la virginal pureza del paraíso, tendiéndole la mano, contra costumbre sin guante, era la vida de hoy, era Aurora de verdad.

PEDRO SALINAS

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

La voz de los lectores

San José, 18 de agosto de 1926.

Señor don J. García Monge.
Presente.

Estimado señor García:

He leído muy complacida el artículo de Diógenes de la Rosa que usted publicó en el último número de su REPERTORIO.

Como creo que la personalidad de Diógenes de la Rosa es poco conocida en Costa Rica y como supongo que su artículo ha despertado interés, me permito hablarle de él.

Diógenes de la Rosa es periodista. Es muy inteligente, sin ribetes de sabio. Llano, hermosamente sencillo, con juventud de fuego. Pertenece al pequeño grupo de ideas avanzadas de Panamá, que sostiene lucha pujante y firme, aunque lenta, porque así lo exijen las circunstancias, contra el grupo de los MAS, de ideas conservadoras. Actualmente está preso en la Cárcel Modelo, junto con seis valientes, por haber tomado parte en el movimiento de inquilinato, el año pasado.

El grupo de la IZQUIERDA—a pesar de los esfuerzos hechos, nada ha podido conseguir en favor de estos buenos muchachos, que el único mal que han hecho es trabajar en bien de los oprimidos y proteger sus intereses.—Es así como ellos levantan su protesta enérgica y airada contra las ideas y hechos del grupo Conservador.

Hace usted bien en prestar las columnas de su REPERTORIO para que en ellas aparezcan artículos de muchachos que, como el señor de la Rosa, están ansiosos de libertad de pensamiento y de libertad de acción. La cárcel, ha sido, es y será el estímulo más poderoso a sus ideas liberales.

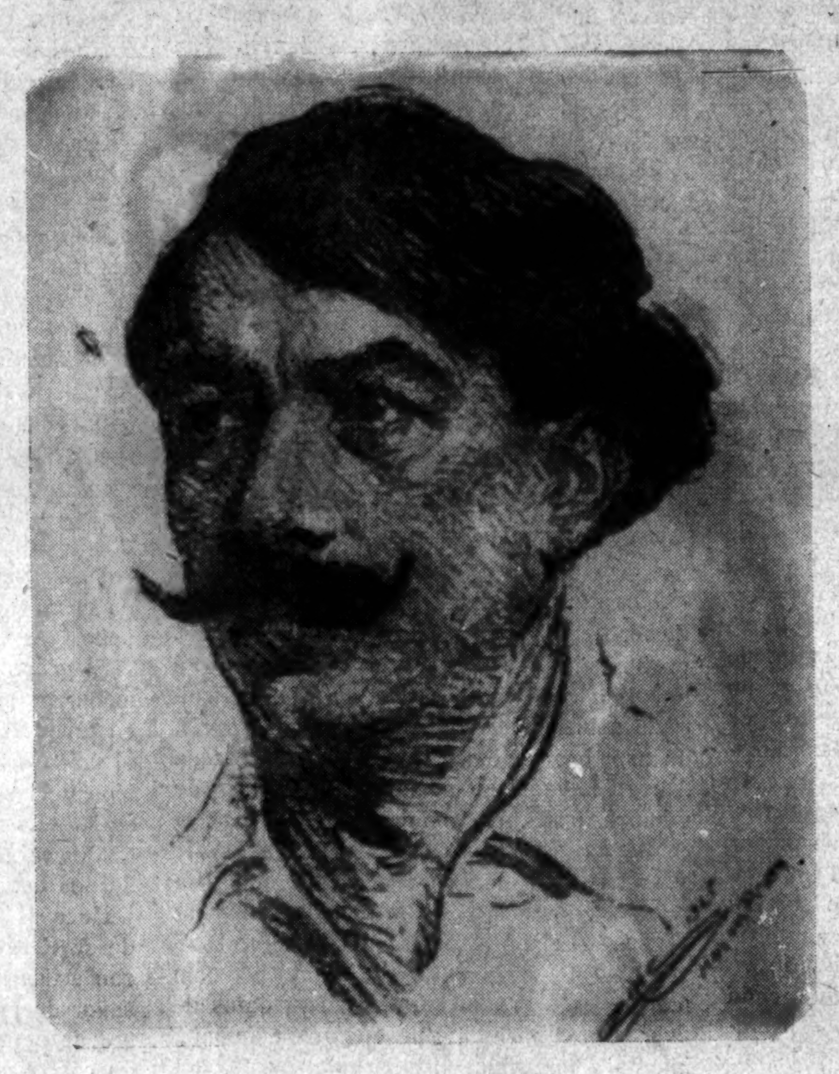
Hay que ayudar a este grupo de valientes muchachos hasta donde nuestros pobres medios nos lo permitan.

Mi respeto y mi estimación para usted.

Atentamente,

G. ZABALEGUI L.

Alfredo Palacios y la nueva Universidad



Alfredo L. Palacios

El nombre de Alfredo Palacios suscita en el espíritu, una emoción americana. Los jóvenes lo sentimos tan nuestro en México, en el Ecuador o en el Perú. Su gesto gallardo, de apóstol de una nueva fe y su palabra que proclama siempre la justicia, no tienen barreras en nuestra América. Hacen pensar en el esfuerzo batallador de los románticos libertadores, para quienes no había fronteras. Desde el fondo de la raza, la sangre heroica creaba la familia iberoamericana.

Los ideales del maestro, sobre la nueva universidad, son trasuntos de la inquietud de una hora histórica. No los propugna por el placer personal de llamarse *lider* de la campaña. Palacios ha comprendido que ni la obra subterránea del fenómeno económico, ni la acción social de la gran masa, es suficiente para crear la historia. Para que se cumplan los altos destinos de nuestra cultura y de nuestra raza, hay que desplazar el espíritu renovador hacia las universidades. Ningún pueblo puede prescindir de ellas, desde que son la más alta expresión del pensamiento. Pero ninguno puede conformarse a verlas convertidas en trincheras, donde se refugia el pensamiento muerto. Después de la guerra, todas las casas de estudio han querido seguir el ritmo de los acontecimientos. Unas se han puesto a la altura de su misión, pero otras no han podido romper con el ánima de la colonia. Y en este dilema trágico, urge decidirse por el perfeccionamiento, si es que no queremos contrariar la propia finalidad de la vida. Por eso, en trance tan grave, Palacios no quiere callar y, como todo verdadero maestro, señala el nuevo camino a la juventud. Abstenerse, prudentemente, sería una traición imperdonable del hombre que encarna ideales iberoamericanos.

Pocos hombres, en nuestra América, han puesto su pensamiento, sistemáticamente, a favor de la nueva universidad. Tal vez Charles Eliot, Enrique Molina, Rodolfo Rivarola, Joaquín V. González, Vaz Ferreira, Pedro Marotta, Brenes Mesén y media docena más de distinguidos profesores. En este sentido, Palacios es el creador del plan orgánico de la universidad, que la juventud anhela para nuestros países. No propicia, desde luego, un proyecto romántico o el producto teórico de meditaciones de gabinete. Palacios proclama la reforma y actúa sus conquistas en la universidad de La Plata. Su bandera no ampara utopías, sino realidades. Conviene poner en relieve este hecho, para que los profesores del Perú, no rechacen las ideas del maestro, por impracticables. Si el malogrado doctor Osma hubiese observado la admirable obra renovadora de la universidad de La Plata, no habría discutido pesimistamente los ideales del Doctor Palacios. La Universidad, como centro de investigación, con seminarios, museos, laboratorios y bibliotecas no es, naturalmente, un organismo abstracto que no pueda ser creado por nuestro entusiasmo y nuestra tenacidad. Me parece, por eso, que el último libro de Palacios no se dirige solamente a los estudiantes. Su objetivo es más amplio. Quiere suscitar un entusiasmo, una fe, un nuevo espíritu, en los viejos profesores, conformes y tranquilos con sus antiguos métodos.

Recorramos, suscintamente, la trayectoria del pensamiento de Palacios, en su obra *La Universidad Nueva.*

La universidad colonial, dogmática y verbalista, no es solamente un patrimonio de la vieja Europa. América la tuvo y aún, hoy todavía, trata de sobrevivir, defendiendo la tradición y oponiéndose a las conquistas del pensamiento nuevo. La universidad de Córdoba, fué la conspicua representante, en la Argentina, del pensamiento teológico. Con rara fidelidad, desde 1592 siguió la huella que le trazara el reverendo Fray Fernando Trejo y Sanabria. No quería traicionar las sagradas intenciones de su fundador, «celoso del bien espiritual de sus ovejas que no limitaba su celo, sólo a los españoles, sino que lo extendía a la gente más soez, como indios, negros, mulatos, etc.»

Con la universidad de Córdoba ¿ganó la cultura, la ciencia? ¿se removió, tal vez, las profundidades de la vida para hacerla avanzar por un sendero de bien o de belleza? La obra de las instituciones se mide por su acción trascendente y creadora. Cuando el futuro percibe la palpitación cercana del alma de otros tiempos, es porque las generaciones anteriores modelaron su obra con formidables proyecciones hacia el porvenir. He ahí la diferencia con la rutina, el prejuicio, la tradición inconsistente que, por su ineficacia, no resisten a la discusión o a la libre crítica.

¿Deja algo perdurable la vieja universidad cordobesa, engolada y llena de pergaminos, que dirían «ilustres» los que no conciben mejor vida que la de otros tiempos? Nada importante, de lo cual no pueda prescindir la historia. Pero entonces ¿dónde está la médula y la prosapia de su acción? ¿Queda algo que pueda servir a la felicidad de los hombres?

Alfredo Palacios dá la respuesta relatándonos los aspectos más saltantes de su estructura íntima. Todo el esfuerzo de doctores pedantes y alumnos linajudos, se resolvía en la obsesión por teologizarse y resumir «escolástica», hasta por los poros de la piel. Se armaban caballeros de la palabra, para esgrimir las armas del silogismo y del sofisma. Nadie quería estudiar la realidad y ensanchar sus conocimientos para ponerlos al servicio del bien. Lo interesante era vencer al adversario, no con obras, sino con palabras. Esta esterilidad clamorosa, de los doctores de «sotana y capirote», los conducía a preocuparse de lo exterior, de la superficialidad mediocre y árida del verbalismo. Sin finalidades fecundas, dictaban ordenanzas estúpidas. San Alberto dió, con espíritu grave, una disposición cómica. Ordenó que los estudiantes llevaran sotana dentro y fuera de la universidad. Los encargados de cumplir el estatuto tenían derecho para penetrar, en cualquier momento, a las casas de los alumnos, para convencerse de si llevaban la indumentaria clerical.

Esta ánima infecunda, que no cumplió una misión social, se extiende hasta el período republicano. Después de la anarquía, en que

(Pasa a la página 106)

Cajal y su monumento

HA acertado Victorio Macho a coordinar lo más bello de la Naturaleza, el agua y el árbol con las más graves de las artes ellas, la escultura y la arquitectura; y al armonizar decorativa, sencilla, noble y majestuosamente esos elementos, les ha dado cerebro, y ramificaciones arborescentes de las células nerviosas parecen los árboles del fondo y sangre circulante el agua que mana de las fuentes y se remansa en torno de la personificación escultórica de la ciencia, diosa que aparece serena, impasible, augusta y meditabunda entre las fuentes de la vida que va a la muerte y de la muerte que es vida.

Miguel Angel exclamó «¡Parla!» al dar su último toque a la inmortal estatua de su Moisés. «¡Piensa!» ha podido exclamar Macho al dar por concluído su monumento a Cajal. El sabio, en la cómoda postura que solía adoptar en el diván del café Suizo cuando presidía su célebre tertulia, piensa. Su mirada lo dice. Está pensando. ¿En qué? ¿En nuevos descubrimientos? ¿En arrancar más secretos a la Naturaleza? ¿En lo que ha de decir al mundo en esas prometidas revelaciones que han de brotar de la fuente siniestra? No sabemos sino que está pensando, y el haber logrado hacer pensar a la piedra es el mejor triunfo del artista, sobre cuya obra discurrió ya en este periódico y en precioso artículo *Juan de la Encina*.



El gran escultor español VICTORIO MACHO

Cajal, más grande que Carlos V, asiste en vida no a sus funerales, sino a su glorificación. No ha querido verse en estatua, y ha hecho bien. La estatua, aunque viva el hombre tanto cuanto anhelamos, ha de sobrevivirle. El diálogo entre el hombre de carne y el de mármol coloca al héroe en la posición del interrogador de la esfinge tebana. No ha querido verse. Lo comprendo. Don Benito Pérez Galdós asistió a la inauguración de la estatua que le labró el mismo Victorio Macho y que situaron también en el Retiro; pero Galdós estaba ciego y no pudo verse en efigie.

No creemos que la posteridad, por iconoclasta que sea, derribe la estatua de Galdós y el monumento a Cajal. Acreedor fué el literato y merecedor es el descubridor y pensador a que sus contemporáneos se honren testimoniando en piedra su admiración.

Enoja a Cajal esta epifanía de inmortalidad. Dos reyes indignos de estatuas, Felipe III y Felipe IV, se las erigieron en vida. Cajal no ha ordenado la erección del monumento, ni lo hubiese mandado erigir aunque tuviese poder para tanto; por suerte no lo tiene para destruirlo; ha de tolerar a sus compañeros la iniciativa de la construcción del monumento, que se le ha consagrado con aplauso no sólo de España, sino de lós sabios de todas las naciones, porque si el patriotismo de Cajal fué el impulso, la solidaridad científica universal ha servido a nuestro sabio si no para realizar para divulgar lo descubierto y hasta para que lo descubrieran a él en su misma patria.

Sabido es que al volver de Cuba, donde sirvió como médico militar, antes de terminarse con el pacto del Zanjón la guerra comenzada en octubre de 1868, pensó en dar a España ciencia propia, en hacerla respetada en el extranjero, no por sus conquistadores ni aun por sus artistas, sino por sus descubridores científicos.

Así hacen hablar a don Santiago Ramón y Cajal los hermanos García Carraffa en el conocido libro que dedicaron a biografiar al sabio histólogo: «Era preciso asomarnos a Europa con nuestra ciencia y nuestros descubrimientos; era necesario convivir con los sabios del mundo, establecer ese hermoso comercio científico, y algo hemos conseguido ya. No, no hay que dedicarse sólo a la ciencia para copiar lo que del Extranjero nos envían; hay que descubrir, hay que conseguir que nos admitan, que nos coticen en esa Bolsa del trabajo. Hay que marchar a la reconquista del nombre que un día tuvimos en Europa, pero no por medio de las armas, sino por la ciencia, que ha empezado a transformar el presente y creará un porvenir que no podemos juzgar a priori, pero que desde luego se expresará en adelantos beneficiosísimos para la Humanidad».

Cajal ha defendido a su patria con los libros en la mano, como quería su paisano Costa, y con el microscopio ante los ojos.

Completan su pensamiento estas palabras que del citado libro copiamos: «Bueno es — nos dijo — considerar el pasado, no despreciar sus enseñanzas; pero no podemos permanecer quietos, añorando grandezas que no volverán. El pueblo que sólo vive de recuerdos es un pueblo muerto. Hay que modificar el presente y preparar el porvenir. Esto sólo se hace por la ciencia, que trasciende y transforma la vida de los pueblos, que realizará en lo futuro verdaderas maravillas. Para ello — añadió — ¡cuánto estudio, cuánta vigilia, cuánta meditación; qué serie de sacrificios, de luchas, de verdaderas torturas del espíritu! Ahí está, se dice muchas veces, un secreto de la Naturaleza. Yo lo colijo por éste o por el otro detalle; yo lo veo palpitar ahí; pero para sacarlo a luz, para darle existencia científica, se sufren los dolores de la maternidad. Sí; la paternidad que se adquiere sobre un fenómeno natural al sacarlo de las tinieblas de lo desconocido para presentarlo a la admiración y al servicio de los hombres cuesta sacrificios, no por incruentos menos dolorosos. Pero yo soy optimista; yo

confío mucho en la fuerza de la voluntad, que es la gran palanca que mueve el mundo científico. Aquí, en este laboratorio, no hay tertulias como en otros; casi ni se fuma; se trabaja siempre, porque mensualmente tenemos que dar el resultado de nuestros trabajos en una revista que lleva el eco de nuestra actividad al mundo. Esto se dice fácilmente; pero hay que pensar mucho la forma en que nos presentamos en ese mercado de Europa, donde hay grandes hombres, grandes talentos. Y no presentamos a la oferta cosas viejas, cosas pasadas: llevamos siempre algo nuevo, algo que brota de aquí, de estas mesas de trabajo, como compensación de nuestros esfuerzos. Y—¿por qué no decirlo?—hacemos un buen papel».

La reconquista soñada por Cajal es una realidad merced a su trabajo y a su genio. Mas no olvidemos, ingratos, en esta consagración del triunfador, que el alemán Kráuser, profesor de Gotinga, dió acogida a los trabajos, escritos en francés, que Cajal le enviaba desde Barcelona, y que otro alemán, Kölliker, se ufanó llamándose el descubridor de Cajal cuando nuestro hombre cumbre fué a Berlín en 1889.

Desde entonces se lee a Cajal en el mundo. Ese mismo Kölliker aprende el castellano para poder leer a Cajal en su idioma. Y va a Londres, y la Universidad de Cambridge le hace doctor *honoris causa*, y en 1899 logra con su presencia en Norte América el desquite de la inevitable derrota y recibe el premio Moscóu, y en 1906 el Nóbel y es aplaudido en Estocolmo y en París y en Lisboa, se le traduce al alemán y al francés. La ciencia está por encima de divisiones de la tierra y de diferencias religiosas, etnográficas y políticas.

Colón del nuevo mundo microscópico se ha llamado a Cajal; mas no se le crea un mero descubridor de enlaces y ramificaciones de células. No es sólo eso, como no era tan sólo un memorión Marcelino Menéndez Pelayo. Es eso y mucho más. Es investigador, es descubridor, es creador de métodos y es también pensador, literato y pedagogo (dígalo en este último respecto su labor en la Junta de Ampliación de Estudios y Pensiones para ampliarlos en el extranjero); es lo que elocuentemente manifiesta el doctor Márquez y copio del libro de Antón del Olmet y Torres Bernal: «Cajal es un cerebro potente, en el que en todo momento brotan, con naturalidad y abundancia, las ideas sobre los asuntos de Ciencia, de Arte o de Literatura. Como resultado de la aplicación de sus portentosas facultades, lo mismo produce un libro elemental de Histología o de Anatomía patológica que otro de alta investigación sobre *El sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, o de la *Fotografía en colores*, que unos maravillosos *Consejos y reglas para la investigación biológica*, que su admirable *Croonian lecture*, en Oxford, o que los no menos admirables discursos con que causó el asombró de los sabios extranjeros en las Universidades de los Estados Unidos, o, en fin, que unos *Cuentos de vacaciones*, o unas interesantísimas memorias anecdóticas tituladas *Recuerdos de mi vida*.»

El mismo Márquez ve con perspicacia el abolengo de este genio en el aragonés Miguel Servet. Mucho se asemejan. Pero Cajal no topará, para bien suyo, de España y de la ciencia, con un Calvino; porque al revés de Servet, no se mete en dibujos teológicos.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

Alfredo Palacios y la nueva universidad

(Viene de la página 104)

la casa estuvo gobernada «por la ignorancia y la brutalidad», continúa estacionaria. En 1864, bajo la presidencia del General Mitre se suprime la facultad de Teología y se formula un nuevo plan de estudios. «Pero la secular universidad, dice el doctor Palacios, no podía transformarse sin una conmoción intensa. Era un organismo en decadencia, casi petrificado, rutinario. No podía seguir el ritmo de la vida. La ciencia no tenía cabida en aquellos claustros fríos, en aquellas aulas, en que el fraile pedante planteaba problemas de dialéctica absurda. Sólo el espíritu de la juventud revolucionaria, irrespetuosa, rebelde, insolente, podría iniciar la nueva era». Cuando Avellaneda visitó sus aulas, pudo darse cuenta «de la deficiencia de la institución, cuya enseñanza era menor que la que se dispensaba al principio del siglo». Unos cuantos años antes, del estallido renovador de los estudiantes, todavía era un cuerpo muerto. El doctor Juan B. Justo hizo su autopsia en el congreso nacional. Clamó contra la Facultad de Medicina que representaba un sector de las operaciones del verbalismo. Naturalmente, la vetusta casa, que ostentaba en sus programas de Filosofía del Derecho, la proposición, *Deberes para con los Siervos*, al fin debía ser envuelta en una onda de fresca juventud, de esperanzas, de renovación. La guerra mundial realizó, en parte, este prodigio. Los jóvenes fueron sensibles a un acontecimiento magno que engendró en ellos el sagrado ideal de perfeccionamiento. Los fetiches, o ídolos como los llama Arturo Orgaz, cayeron de sus altares. Y los estudiantes, gallardamente, con un entusiasmo que los enaltece, llevaron a su seno a los eminentes profesores Nicolai y Goldschmidt.

Palacios no insiste sobre la significación histórica de aquel movimiento. Para las demás universidades de América, encierra un símbolo. Toda universidad está llamada a desempeñar un papel de vasos comunicantes. Si su mentalidad feudal, resiste a ponerse a la altura de su tiempo una generación nueva, realiza el progreso por medio de la violencia. Tal fué el caso de Córdoba.

Palacios observa el panorama de las universidades argentinas, haciendo su análisis para poner en alto relieve la obra eficaz de la casa de estudios de La Plata. Es decir, con orgullo legítimo y en tono un poco ditirámbico, quiere mostrar a América su propio espíritu, convertido en hechos. Su entusiasmo por los nuevos métodos, lo lleva a concluír que las universidades de Córdoba y Buenos Aires son conservadoras.

¿Qué posición mental tiene la universidad de Buenos Aires dentro de la marcha intelectual de la Argentina? Retardataria, porque casi siempre estuvo detrás del movimiento vertiginoso de la vida. Por lo menos, esa es la impresión que se extrae de las páginas del libro de Palacios.

La universidad de Buenos Aires es hija del pensamiento prócer de la Independencia. El edicto de su fundación lleva la firma de Rivadavia, el grande hombre argentino. Nacía, pues, sin el cordón umbilical que la uniera a la colonia; sin compromisos con la tradición teológica. Pero la universidad de Buenos Aires, como lo hace notar Palacios, no realizó el ideal republicano, con espíritu amplio. La acción feudal de Rozas la amordaza y hasta corre el peligro de desaparecer. Se llega al extremo de ordenar que los estudiantes paguen los sueldos del Rector, catedráticos y porteros.

Después de Caseros, en 1852, se deroga aquel estúpido decreto. Debía comenzar, para la universidad, una era nueva. Aparece en el ambiente nacional la figura vigorosa de Alberdi. El eminente argentino representa el pensamiento industrial. Piensa que la grandeza de la patria depende de sus riquezas inexplotadas. Ferrocarriles, inmigración, agricultura, comercio, deben transformar la realidad nacional. Puede decirse que, desde entonces, todos los políticos siguieron las enseñanzas de Alberdi, inclusive Sarmiento y Mitre. Pero el autor de las *Bases*, no tenía influencia en la ciudadela inexpugnable de la universidad. Esta representaba el legalismo y la ciencia fría de los libros; Alberdi encarnaba la realidad fresca, la vida social, brutalmente desnuda. La oposición resultaba, por esto, radical. Palacios dice que aquella universidad permanece siempre a la zaga.

Algunos episodios curiosos retratan su fisonomía intelectual.

En 1882 el doctor Julio Sánchez Viamonte presenta una tesis sobre el «matrimonio». Las teorías del graduando producen un revuelo formidable en la facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Algunos vejetes, enemigos sistemáticos de todo lo nuevo, se santiguan por las «originalidades descabelladas» de Sánchez Viamonte. Y, por abrumadora mayoría, dice Palacios, rechazan la tesis. Naturalmente, se corría el riesgo de que algunos clerizontes se desmayaran.

En 1900, «cuando ya no había Index para las tesis liberales, se rechaza la de Palacios por contener ideas que «dan miedo». La Facultad, a todo evento, quiere conservar la *gloriosa* tradición de odio a la verdad.

Y en 1910, en pleno siglo xx, el nombramiento como profesor, de un miembro del Partido Socialista, provoca la renuncia inmediata de unos magros y respetables católicos. ¡Admirable!

La universidad de La Plata es, por antonomasia, la universidad argentina. Nació bajo la égida del pensamiento generoso de Joaquín V. González. Su fundador quería que el alma pujante, poderosa y rica de la nueva Argentina, estuviera representada por aquella casa de estudios. La creó, enlazando algunos institutos científicos que ya existían y formó, con ellos, una especie de república federativa universitaria.

La universidad de La Plata es la expresión de la nueva conciencia de Iberoamérica. Su juventud y su espíritu libérrimo, han degollado el verbalismo, esa herencia hueca de los pontífices de la escolástica.

La universidad de La Plata es una casa seria de trabajo. Basta saber que en sus facultades se ha reemplazado el monólogo del profesor por la investigación personal del alumno.

Cuando Palacios fué llamado por los estudiantes para que ocupara el Decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, su primera preocupación consistió en luchar contra la fábrica de abogados o sea contra la Facultad de Jurisprudencia. Realmente, hay que desconfiar de las facultades de Derecho. Los hombres de la ley, los abogados, creen que el derecho está contenido en las fórmulas frías de los códigos; no imaginan que es un fenómeno social al que precisa captarlo en la vida y en la historia. Toda facultad de jurisprudencia, tal vez, sin quererlo y sin saberlo es una Bastilla del pensamiento hecho, muerto, encerrado en esos breviarios que se llaman códigos. Allí se repite sin cesar los que otros dijeron o pensaron. No existen sorpresas. Las copias pueden servir, sin renovarse, para cuatro o cinco generaciones. Sin duda, se piensa, no sé con qué fundamento, que una facultad de Derecho, no puede investigar. Sin embargo, la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata posee actualmente, doce seminarios.

El problema de las facultades de jurisprudencia, no es de planes, sino de métodos. En tanto no sea aplastada definitivamente la lección oral, y el trabajo lo haga exclusivamente el profesor, no esperemos sino mediocres abogados, unilaterales, sostenedores de esa «mala política» de que habla Alfredo Palacios. Yo he insistido, en otra parte, en que el problema depende de la organización de las universidades para producir profesionales competentes. El error del doctor Villarán, cuando clamaba contra las profesiones liberales, estaba en combatir el *efecto* y no la *causa*.

Palacios ha transformado la fisonomía moral de los estudios jurídicos de la universidad de La Plata. El monólogo va desapareciendo y su puesto lo conquista el trabajo personal del estudiante. Palacios piensa que no hay otro medio de escapar a la fosilización. «Un profesor universitario que no investigue, dice, es un anacronismo que tiene que desaparecer, por inútil, puesto que sus mismas funciones de orden didáctico y científico implican en el profesor el carácter de investigador».

Precisa quitar la fisonomía escolástica que tienen los estudios del derecho. Las aulas deben convertirse en talleres de trabajo. Laboratorios para el derecho penal, civil, etc.; seminarios para el derecho constitucional, administrativo, comercial, etc.

Una obra renovadora como la de Alfredo Palacios, es el mejor monumento que Américo puede elevar a sus libertadores. Formar la nueva universidad, equivale a hacer el alma futura de nuestros pueblos. Sé que el admirable esfuerzo del maestro seguirá proyectando su luz en el suelo sagrado de nuestra América. No hay que ser un conformista, decía Emerson. Mientras nos quede un aliento de vida trabajemos, plenos de inquietud, y no quedemos satisfechos nunca de nuestra obra, al revés del Dios bíblico que descansó el sétimo día para contemplar el producto de su esfuerzo.

V. Modesto Villavicencio

Lima, 20 de Abril de 1926.

Manuel F. Cestero

También se ido éste, mancebo bronceado y cascabelero de la Isla de oro [1]. Se ha ido como esos toros tristes que después de solazarse en verdes praderas fecundas cayeron en arenas ingratas. Se ha ido, acaso solo, en la otra isla [2], donde le llevaran sus sueños de bohemio y sus necesidades cotidianas. Le lloraremos sus amigos porque fué franco, alegre y fraternal. Le lloraremos por esas noches—ya idas para siempre—de Broadway, en que su palabra loca y vibrante caía bajo la luna metropolitana. José Luis Betancourt, René Borgia, Guillén Zelaya, Ortiz Vargas, Osorio, aprisionad un momento en vuestro cerebro el rostro saturnal de este mancebo del Trópico.

Romero alucinado, vagó por cien países. En la ciudad azteca deshojó las últimas rosas de su vida romántica. Inútil fueron las palabras prudentes de los amigos jóvenes, inútil el consejo del hermano. Como el poeta inglés, había arrojado su corazón como moneda al fondo de un vaso de vino.

Y ya no volveremos a oir su voz caliente de emoción. Y en las tardes de New York y de México, volveremos algún día a pasear nuestras nostalgias azules, sin tener en nuestro brazo el brazo fraternal, sin escuchar la parla variada y loca del amigo. Tendremos a los otros, a los lobos del intelecto, a los amigos malos, con sus blancas sonrisas traidoras y sus palabras agrias. Pero a éste que sabía querer y admirar, nunca más.

Y seguiremos muriendo interminablemente en los amigos. Muchos de mis versos inspirados en su fraterna compañía no tienen ya razón de ser y morirán como los niños ciegos. El, blanco de alma, los habría comprendido y amado.

Y ante el enigma horrendo, mi cerebro, mi cerebro torturado, continúa: Betancourt, Borgia, Osorio, Morillo, Ortiz Vargas... ¿cuál le seguirá?

Y he sentido un viento largo crugir en los cristales de mi cuarto.

Arturo Torres Rioseco

Austin, Texas, U. S. A.

1. Santo Domingo.
2. Cuba.

Agencias del "Repertorio Americano"
Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.
A razón de **10** cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.
Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.
Agencias ya establecidas:
En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.
En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.
En San Pedro Sula (Honduras): Salomón Ibarra.
La suscricion anual, aislada y directa: **$ 6** oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.
Dirigirse al Sr. Adr. del Repertorio Americano
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

La escuela

Para la Escuela Superior de Varones No. 1, *en el día de su inauguración.*

Mi querido Sr. García Monge:

Adjunto le envío un trabajito de la estudiosa maestra señorita Clemencia López Solera, el cual, a mi juicio, reviste importancia considerable. Ud. verá si merece los honores de la publicidad.

Hay un dato en ese trabajo de suyo desconsolador: el que se refiere al crecido número de analfabetas (Pág. 4, acápite penúltimo); de modo que no han sido lo suficientemente eficaces la asidua atención prestada, los esfuerzos y hasta los sacrificios pecuniarios en la labor docente, desde muchos años atrás, para llegar a un mejor resultado. Surgen de ahí dos cuestiones: o no se han aplicado en la enseñanza los mejores métodos pedagógicos, o el Estado no ha promovido con la energía necesaria la compulsión a la escuela, sin la cual la educación común carece de base sólida, como un edificio sin cimiento.

Lo que usted diga al respecto será siempre lo mejor para su afmo.

TRANQUILINO CHACÓN

San José, 17. 5. 26.

Maestros y alumnos, señores:

«Cada escuela que se abre, es una cárcel que se cierra». Trillada está esta frase, que un buen pensador escribió un día con muy sabia justicia; pero ya que la ocasión motiva su recuerdo, traigámosla cariñosamente, y que el santo contenido que ella encierra, se convierta en asperges de aguas milagrosas, cuyas gotas salpicando nuestras almas, las purifique, para presentarlas limpias ante el altar de nuestra patria!

Noble ha sido la idea del Director de esta Escuela, al hacer su inauguración en día tan hermosamente señalado: el recuerdo del héroe de Rivas que salvó nuestra vida independiente con su sangre, unido a la independencia que dá la instrucción con la apertura de escuelas. Un recuerdo nos arranca lágrimas de gratitud y admiración, y el otro nos traza un camino más seguro para el engrandecimiento del país. Quieran los Hados que velan por él, hacer que se cumplan tan nobles ideales!

Y es, señores, muy cierta la máxima que reza que «de tres cosas son de las que no puede carecer una nación: buenas leyes, buenas escuelas y buenos caminos». Las leyes, cuya sabia dirección de quien las aplica, encauzan a un pueblo hacia su progreso; las escuelas, que son fuente de todo ascenso; y los caminos, que como hilos conductores, llevan por doquier un porvenir venturoso. El camino representa el derecho y la escuela, la justicia: ambos conducen a un fin: la comprensión de las buenas leyes que salvan a un país.

Por ello en Norte América el analfabetismo entre las masas rurales no llega a un 6 %, pues las escuelas han sido edificadas a medida que se abren nuevos caminos, y este país es grande y poderoso porque sus medios de acción, escuelas y caminos. ayudan a su enorme desenvolvimiento.

Grandes cosas pueden hacerse por la amada Patria: defenderla, es el orgullo de sus hijos y la satisfacción de los valientes; comunicarla con los centros de civilización, para aumentar su riqueza moral e intelectual y desarrollar su comercio, es el ideal de los esforzados y el laurel de los que han puesto a su servicio todos los medios; instruirla, llenarla de luz, ha sido el generoso objeto de sus Gobiernos y en logro de esto, Costa Rica recoge cada día de sus hijos, honra y provecho.

Muy extensa es la labor educativa hecha en este país, y admira grandemente el feliz resultado que a pasos de gigante le lleva hacia la civilización, pudiéndose colocar hoy en sitio preferente entre los países más adelantados. Más admirable es este progreso si se contemplan, siguiendo la historia, los grandes obstáculos que han debido vencerse. De un lado, en los albores de su vida independiente, su propia pobreza; del otro, la garra del coloniaje, pulpos espantosos que le retuvieron muchos siglos, sumida en el antro tenebroso de la ignorancia.

Fué su principio de cultura, estrecho y humilde, si se piensa que saber leer y escribir era un alto honor en aquellos tiempos, cuando se podían contar con los dedos las personas de ambos sexos que poseían tan señalada distinción y cuantioso tesoro.

Pobres principios que encerraban tan hermosos fines! Representaban una aurora que algún día sería radiante, pero que estaba velada por las nieblas de los malos tiempos. Pero estuvo de Dios que Costa Rica, por propio esfuerzo, se levantara, rasgando el velo tenebroso, y marchando al amparo de épocas que fueron haciéndole luz, hasta que hoy, pequeñita y graciosa, abre los ojos deslumbrada por su brillo. Sigamos sus épocas de luz intelectual.

En los remotos tiempos de 1782, se abrió la primera escuela elemental en Cartago, por el Gobernador español don Juan Flores. Más tarde, don Tomás de Acosta, construye escuelas y caminos. Y estas fueron las únicas administraciones progresistas durante el largo período del coloniaje.

La Independencia permite abrir más puertas hacia la luz, y ya en 1822, el 30 de setiembre, los alajuelenses quieren aprender a leer y fundan la Escuela de San Miguel, cuyo protector recordamos bien, don Rosario Carrillo. Escuelas rudimentarias, iniciales, pero marcaban el principio de una era bendita!

Es don Juan Mora Fernández, Primer Jefe y fundador de las instituciones costarricenses, a raíz de la independencia, 1824, quien inicia la apertura de Casas de Enseñanza Primaria y una Escuela de Enseñanza Secundaria, bajo la advocación de Santo Tomás, en San José, en la cual se obtenía el Título de Bachiller, extendido por el Rector. Todo este ascenso estaba contenido en su Decreto de 10 de enero, decreto que puede considerarse como la primera voz oficial llamando a los pueblos al progreso.

Administración del Doctor Castro, de memoria inolvidable por su labor fecunda en 1847. Sin descuidar los diversos ramos de su Gobierno, dedica una atención preferente a la enseñanza; espíritu liberal y progresista, siendo Ministro de don José María Alfaro, erige la Universidad de Santo Tomás y publicó un decreto sobre la fundación de un Liceo de Niñas de todos los departamentos del país, para que hicieran el título Normal. Fué el doctor Castro el primero que pensó en la educación de la mujer, haciendo venir como profesores a elementos europeos. También se le debe la apertura de muchas vías de comunicación.

Administración de don Jesús Jiménez, de 1864 a 1869.—No puede ser sino altamente luminosa esta época en la cual rige los destinos del país, el distinguido costarricense, de conducta ejemplar y sobrias costumbres, que sostiene a la República sobre estas firmes bases: «El pueblo que tiene más y mejores escuelas, será el primero de los pueblos».—«No puedo concebir en la sociedad un verdadero progreso material, sin la existencia de buenas escuelas y buenos caminos».

«El señor Jiménez comprendía como pocas personas de aquel entonces, que el hombre llega a ser todo o nada, según la educación que recibe, y que el maestro y no el cañón, decide de la suerte de las naciones». En su tiempo fundó don Máximo Jerez un plantel de Enseñanza primaria con el nombre de Liceo de Costa Rica.

Don Jesús Jiménez organizó la enseñanza primaria y secundaria erigiendo el colegio de San Luis Gonzaga, para el cual hizo venir de España varios profesores, entre ellos a don Valeriano Fernández Ferraz, recientemente fallecido. Aquel Colegio dió inteligencias que prepararon el porvenir intelectual de Costa Rica. Hizo obligatoria y gratuita la enseñanza pública, la elevó a dogma, y del magisterio hizo un sacerdocio. Sus planes de enseñanza fueron completísimos, sin faltar un detalle, tendientes a la cultura e instrucción de la juventud en lo moral, intelectual y físico.

Debemos revisar ahora dos épocas de adelanto verdadero dentro de la noble tarea de la cultura pública.

Administracion de Guardia, en 1870.—En la cual la estadística escolar marca los siguientes datos:

Escuelas de Primera Enseñanza: San José, 76; Cartago, 30; Heredia, 30; Alajuela, 75; Guanacaste, 20; Puntarenas, 5. Total: 236.

Escuelas Superiores: San José, 11; Cartago, 7; Alajuela, 11; Heredia, 9; Guanacaste, 10; Puntarenas, 4; Limón, 1. Total: 53.

Colegios: San José, el Instituto Nacional; Cartago, Colegio de San Luis Gonzaga; Heredia, Colegio de San Agustín; Alajuela, Instituto Municipal y Colegio de las Hijas de Sión. Total: 5 colegios, más 22 escuelas no oficiales.

«Ya en 1880, Costa Rica podía ocupar por su progreso en la enseñanza pública, un puesto igual a las naciones más cultas de Europa, incluyendo a Francia e Inglaterra, pudiendo afirmarse, como hasta hoy, que Costa Rica tenía más maestros en servicio que soldados en sus cuarteles». Hay una lucha contra la ignorancia con su legión de ultramontanos en la administración anterior, y en la presente, con la lucha de la apertura del ferrocarril al Atlántico. Enormes bloques en nuestra historia, propios para la lucha de estos titanes, quienes no retrocedieron ante el combate. Antes de ellos las escuelas eran pocas y deficientes sus medios de acción.

Administración de don Bernardo Soto 1886.—El país en ruinas por la deuda del ferrocarril al Atlántico, los disturbios de Guatemala por parte de la revolución de Barrios, no impidieron que este distinguido alajuelense, prosiguiera en la obra de progreso que comenzaron sus antecesores. Veamos su labor:

Primer decreto, de 22 de febrero de 1886, fundación de la Escuela Normal para maestros de Enseñanza Primaria; el 26 del mismo mes se emite la Ley General de Educación Pública, la cual reproducía la del ex-Presidente don Jesús Jiménez, y elaborada por su ministro don Mauro Fernández, importante factor de nuestra enseñanza primaria. Antes de esta fecha el doce por ciento de los habitantes de Costa Rica sabían leer y escribir, y solamente un catorce por ciento leer. Dominaba la idea de que no hubiera un solo costarricense que no recibiera los beneficios de la enseñanza, y a este fin los gobiernos dirigían sus miras.

En la administración de Soto (14 de enero de 1887), se decretaron 10 becas para Europa o Estados Unidos: 8 varones y 2 mujeres. Se construyó el Liceo de Costa Rica, el Colegio Superior de Señoritas y el Instituto de Alajuela; con 40 becas para alumnos pobres y distinguidos, los dos planteles primeros. Se creó la Escuela Normal de Costa Rica y la de Aplicación, además las de Derecho, Notariado, Ingeniería y Medicina. Se emplearon grandes sumas de dinero en la construcción de los colegios antes dichos, los cuales honran a su vez al país y sus fundadores.

Se hizo un empréstito escolar por $ 600,000, destinado a construir locales para escuelas en todos los lugares del país. De esta manera venció, este eminente ciudadano, al partido contrario en toda línea. De su época hasta nuestros días, es decir, en los últimos 36 años, los gobiernos hacen esfuerzos por sostener el país y encaminarlo cada día hacia el progreso intelectual, y sólo en tiempos adversos o de grandes penalidades económicas, este progreso se ha estacionado y bajado, desgraciadamente, el grado de cultura general, sin que por ello los gobiernos sucesivos hayan abandonado sus esfuerzos, ni dejado de ser factores muy importantes para los intereses de la nación. Ya en 1886 había en Costa Rica 260 escuelas públicas con 20,000 alumnos de ambos sexos, además de 96 escuelas privadas con 3,000 educandos.

Administración de don J. J. Rodríguez: sube el número de escuelas a 280. Hay, pues, un aumento de 20.

Administración de don Rafael Iglesias.—Escuelas abiertas, 339. De manera que el número crece, sobre el anterior, en 59.

Administración de don Ascensión Esquivel.—Existen abiertas 371 escuelas, fijando el aumento en 32.

Administración de don Cleto González Víquez.—Se hace una reforma económica con los horarios alternos y baja el número de escuelas a 326.

Primera Administración de don Ricardo Jiménez.—Las escuelas en servicio suben a 428, marcándose un aumento de 102.

Administración de don Alfredo González Flores.—Diversas circunstancias hacen bajar, aunque poco, el total de escuelas del país; de 428 que existían en la anterior administración, se desciende a 417.

Administración de don Julio Acosta.—Se nota un pequeño aumento, a 423 escuelas en servicio.

Segunda Administración de don Ricardo Jiménez, que inicia y concluye, entre sus muchas otras construcciones similares en distintas regiones del país, la presente Escuela Superior de Varones, construída con un gasto de ₡ 105.000.00 y cuyo estilo y confort, en todo de acuerdo con los más modernos adelantos en la materia, hablan muy alto de quien prestó su apoyo para su realización.

Hasta el día, Costa Rica puede ostentar orgullosa más de 425 escuelas primarias, a las cuales concurren diariamente arriba de 41.277 alumnos de ambos sexos, y 5 colegios, con más de 1000 alumnos, de Segunda Enseñanza. Viendo el progreso moral y material del país, difundido por la enseñanza, «bien puede decirse en todo tiempo, que el gran bien que puede hacerse a la humanidad es redimirla de la esclavitud de la ignorancia y aquellos que la practican son sus bienhechores con títulos de bien merecida gloria».

Y en fecha tan hermosa y oportuna, ya que de la apertura de una escuela se trata, hagamos votos por que se solucionen estos dos problemas: 1.° siendo tantos los bienes que se reciben en la escuela, ¿cómo explicar el analfabetismo en Costa Rica, donde hasta en los más remotos rincones existen escuelas y enormes son los gastos de la nación para sostenerlas? De provincias, tengo a mano la estadística del analfabetismo de la de Cartago, no obstante ser de las más cuidadosas en este asunto, y el número de analfabetas llega a 5617, entre ambos sexos, en la población total de la provincia.

Las escuelas de adultos darían algunos resultados en la resolución de este problema, o la obligación por una ley ayudaría a satisfacer los deseos de tantos gobiernos.

Segunda. La nueva reforma de la escuela, para hacer más completo su ideal, debe tender hacia una más perfecta educación de la mujer, alma mater de toda sociedad, y de todos los pueblos. Exige su cultura mayor cuidado, procurando su educación en un sentido más práctico y más severo. Hasta hoy ha sido considerada la mujer poco menos que objeto de adorno, delicado, precioso que debe resguardarse con esmero, viviendo entre mimos, entregada al ensueño vano, como si la vida no le presentara cada momento problemas más complejos, de más urgente resolución, que no los exclusivamente del tocado y la vanidad.

Falta en ella más carácter, más personalidad, mejor preparación para el hogar, que dicho sea de paso, nuestras abuelas con menos ambiente y peor cultura, la tuvieron mejor, para sostener con éxito la responsabilidad de una familia. A mi modo de juzgar, la falta de valor moral en la familia costarricense de hoy, no depende ya de la escuela, que cada día hace mayores esfuerzos por completar su ideal, sino de la mala preparación educativa que la mujer actual tiene para el buen desenvolvimiento de sus facultades educadoras, como madre, como esposa, como hija y como elemento principal de toda sociedad.

Existe indiferentismo hacia las labores escolares porque no se comprende bien el papel importantísimo de ellas, dentro del movimiento social; y este indiferentismo se explica claramente por la debilidad, mejor dicho, superficialidad de la educación recibida en el hogar, la cual no contribuye en nada al esfuerzo hecho en la escuela.

Que la mujer sea más práctica y menos soñadora, es lo que se necesita; que a la par de todos los adornos que le proporciona la escuela, sepa conquistar por sus medios de discurrir, el primer puesto en el hogar; delante de la ley, sabiendo comprender el puesto muy preferente que nuestra constitución le destina, y frente al hombre, su compañero natural, se sienta igual en capacidades, principalmente morales, sino mejor, para que siempre sepa ser su compañera, su asociada, y no esclava sumisa y sufrida, y le ayude a resolver los problemas arduos de la vida. Que sea su propósito levantarse a todas las alturas del sentimiento para ser una fuente de aspiración y no un motivo gracioso de pasatiempo, o a veces, un instrumento inútil, y hasta gravoso.

Esa es la reforma principal que espera la escuela costarricense, que urge sea un hecho verídico, y no un proyecto por realizarse. Si la mujer se la educa en este sentido, el hogar constituído con mujeres de esta talla moral, dará ciudadanos mejores, más aptos para colaborar en el engrandecimiento de la Patria!

Clemencia López Solera

Alajuela, 11 de abril de 1926.

Discurso de Cajal [1]

«Señor, señoras y señores:

Sirvan mis palabras, en esta solemne inauguración de un monumento consagrado a un modesto obrero de la Ciencia, para expresar mi profunda gratitud a S. M. el Rey, que se ha dignado realzar el acto con su augusta presencia; al excelentísimo señor alcalde de Madrid, conde de Vallellano, que, en representación del ilustre Concejo, ha querido autorizar y enaltecer la ceremonia; a los patricios esclarecidos patrocinadores de la suscrición nacional, y singularmente al sabio y veterano doctor Cortezo, apóstol entusiasta y fervoroso de todas las iniciativas encaminadas a honrar a los hombres de ciencia y abnegación, y en particular a los surgidos en la ilustrada clase médica.

Cada región española posee sus características. Decir Castilla, y sobre todo Madrid, es mentar dos grandes cualidades: comprensión y generosidad. ¡Madrid!... Con razón te llaman «tierra de amigos». Acoges amorosa a todos los hijos de España hasta a los nacidos en las más remotas comarcas peninsulares y ultramarinas. No preguntas a nadie de dónde viene; te contentas con saber que el nuevo huésped aporta un programa de actividad útil y siente en su corazón arder la llama del ideal patriótico. Eres grande, porque eres justo; mejor aún: porque eres generoso y mangnánimo.

No quisiera aludir al motivo del grandioso homenaje. El «yo», se ha dicho, es siempre antipático. Ciertas honras desproporcionadas sonrojan y anonadan; pero hay que aceptarlas, so pena de adoptar actitudes rayanas en la irreverencia y la ingratitud. ¡Qué remedio! Vivimos en el país del énfasis y la hipérbole, y no vamos a corregir ahora nuestra secular psicología. Cuanto más que, según veremos luego, tales exageraciones entrañan valor educativo. Me es imposible, empero, disimular mi asombro al recordar cuántos españoles ilustres, héroes de la voluntad, de la imaginación o de la inteligencia, carecen de monumento, y cuántos otros vamos a tenerlos con méritos escasos o discutibles.

Y ahora perdonadme un rasgo de ruda franqueza. Desapruebo, en principio, las estatuas en vida, aunque se erijan — éste no es mi caso—a varones eminentes en la política, artes y letras y ciencias. Para aquilatar la obra de un hombre es menester la perspectiva ideal del tiempo, de ese depurador implacable de prestigios y decantador de verdades. Fuera de los hechos aportados, que esos, por fortuna, perdurarán mientras no varíen las leyes del Universo, las doctrinas científicas, al modo de los gustos y modas filosóficas y literarias, están sujetas a perpetua revisión.

Me doy cuenta, además, según insinuaba antes, de que aun ciertos hiperbólicos agasajos entrañan alto sentido pragmático, a condición de despersonalizarlos. Representan seductora bandera de enganche. Apuntan al porvenir más que al presente. Por encima del monumento, contempláis paternalmente a la juventud estudiosa. Con admirable previsión, incubáis los futuros valores de la raza. Les prometéis magníficos trofeos si aciertan a triunfar en una lucha tan árdua y peligrosa como las pugnas internacionales. Porque quien halla una verdad la arrebata a los extraños. Cándido fuera, pues, confiar en su rápida acogida. Hiere demasiados intereses creados y amenaza a muchos ídolos de barro. Por eso—y es observación vulgar, — cada laboratorio constituye fortaleza donde se combate a los innovadores, primero con denegaciones, luego con reservas y últimamente con tardas y frías aprobaciones. De ahí el tipo actual de viajante científico, inquieto pregonador de las propias conquistas, ansioso de apresurar y, si le es dable, forzar el veredicto inapelable de la posteridad. Ello es humano y, por tanto, disculpable.

Pero, en fin, si mis méritos son harto precarios y discutibles, alguna razón habrá para vuestro homenaje. Haciendo examen de conciencia, sólo columbro en mi haber dos prendas modestas, al alcance de todo el mundo: la religión del trabajo obstinado y la fe inquebrantable en la aptitud de la raza hispana para emular las hazañas de los grandes descubridores científicos. Empleando un símil manido, he procurado ser antena vigilante, captadora y magnificadora de los juicios desdeñosos o despectivos del extranjero, para hacerlos resonar primero en el «altavoz» del periódico, de la monografía científica y del libro, y después, en los cerebros indolentes o distraídos de la juventud.

Hoy no hacen ya falta ciertos estímulos. Por fortuna, contamos ya en todos los dominios del saber con iniciadores preclaros, cuyo nombre ha traspasado la frontera. De importadores nos hemos transformado en exportadores. Y no me refiero sólo a lo que los extranjeros llaman benévolamente escuela de Cajal (de la cual, dicho sea de pasada, han surgido varias escuelas filiales creadoras de métodos nuevos), sino muy principalmente a los muy numerosos investigadores formados al calor de sabios nacionales o de lumbreras extranjeras; es decir, a la pléyade gloriosa de naturalistas, médicos, físicos, químicos, matemáticos e ingenieros, cuyos hallazgos e invenciones son considerados y estudiados con creciente interés en centros científicos europeos y americanos. Ni es raro sorprender hoy en nuestros laboratorios y seminarios profesores y becarios de allende el mar y allende el Pirineo afanosos por conocer *de visu* los métodos españoles de investigación para aplicarlos en sus pesquisas. Pecaríamos de injustos si olvidáramos que en esta creciente ascensión cultural (exceptuamos a los autodidactos) han colaborado decisivamente las iniciativas de la Junta para Ampliación de Estudios, siempre secundadas y apoyadas por los Gobiernos de todos los matices políticos.

Al fin hemos comprendido una verdad muy sencilla: que la prosperidad y el poderío de las naciones no se funda solamente en la grandeza militar ni en el florecimiento artístico y literario sino en el caudal de ideas científicas, de conquistas técnicas y de todo linaje de invenciones útiles. Por tener averiada la rueda de la Ciencia, la pomposa carroza de la civilización hispana ha caminado dando tumbos por el camino de la Historia.

Decíamos antes que tal situación había mejorado notablemente. Importa, empero, no engreírnos demasiado. Si en ciertas ramas muy especiales del saber hacemos buena figura, en otras, desgraciadamente las más importantes, vamos muy a la zaga de las naciones próceres.

Continuemos, pues, laborando con creciente celo y voluntad indomable. Con razón se ha dicho que el trabajo es plegaria. Obra milagrosa. Trasmuta el cerebro indolente, a quien otorga el excelso don de crear. Hasta las manos se transforman en exquisitos instrumentos de precisión. Insigne cobardía fuera desmayar en mitad del camino. Y la espléndida cosecha de *ideas fuerzas*, de concepciones científicas originales, puestas al servicio de la Medicina, de la Agricultura, de la gran industria, de la gestión política y hasta del arte militar y naval, afirmarán enérgicamente en lo futuro nuestra personalidad espiritual y prepararán esa España grande, esclarecida y respetada con que todos soñamos.

Entre tanto, yo, a despecho de las decadencias de la senectud, y confinado en angosto pejugal, prosigo abriendo mi pobre surco, la mano temblorosa en la esteva, los ojos fijos en el horizonte, donde, con los colores de nuestra bandera, flamea la aurora, nuncio de ese sol de mediodía (demasiado lejano para mí) que alumbrará la gloriosa epifanía de la raza.

He dicho.

(*Revista de Escuelas Normales*. Guadalajara, España).

[1] Leído por el Dr. Tello en el acto de la inauguración del monumento a Cajal erigido en El Retiro, de Madrid, por los «discípulos y amigos» del sabio.

Página lírica

Elogio de la sinceridad

A Asdrubal Villalobos

—Me odias?—Está bien, más yo te quiero!
Yo adoro todo aquello que se muestra
tal como es, aunque me cause daño.
Bendigo la saeta
que va certera al corazón, si ha sido
lanzada con valor y con franqueza.
¿Qué importa que el espíritu se abata
y se desgarre el brazo en la contienda?
La vida es sacrificio,
renunciación suprema;
cubrirla con un manto es rebajarla!
Vivirla con valor, engrandecerla!

Te quiero porque llevas en tu mano
la espada de Damocles que me acecha;
porque no hay en tu rostro gesto alguno
simulador, sino la franca mueca
del hombre que desea destruirme...
¡y se muere de odio y de impotencia!

¿Pero ignoras que llevo una coraza
y unas alas bien puestas?

—Marcha así, bravamente, por la vida
con la frente y el alma descubiertas.
Puesto que «ser sincero es ser potente»
—como dijo el poeta—,
sé tú también sincero
y sélo noblemente hasta que mueras:
si obsequias una flor, que ella no lleve
en su cáliz el néctar que envenena;
más si lanzas un dardo, házlo de frente,
con mano decidida, nunca trémula,
con golpe que traduzca tus anhelos
de reivindicación o de protesta,
porque a veces el grito es necesario
y la venganza es buena!

Hay que llevar ardiendo la esperanza
y hay que tener confianza en nuestras fuerzas;
no esperar que la Vida se nos brinde,
sino, por el contrario, ir hacia Ella
temblando de lujuria, de optimismo,
contra su voluntad, y poseerla...
¡No se ruega a la Vida... se la viola,
porque la Vida es hembra!

Sinceridad, sinceridad y mucha
sinceridad!—tal debe ser tu lema
lo mismo en el dolor que en la alegría,
igual en el poder o en la miseria;
porque en esa palabra se reunen
—como en el prisma las variadas gemas
el valor, con sus luchas y sus triunfos;
el deber, con sus glorias y sus penas
y el amor admirable y necesario
hacia nuestra Señora la Belleza!

Simón Latino

Bogotá, Colombia.

Dos sonetos de la contemplación

Para Luis Cardoza y Aragón *(el imponderable autor de Maelstroom).*

7, Rue de Belzunce. París Xe.
Vía Repertorio Americano

Como la gota de agua en el abismo
del mar o de la ola, del rocío,
de la nube, yo me siento a mí mismo
contenido en un ser que no es el mío.

Vivo en mí mi propio naturalismo
sin pensar si estoy cuerdo o disvarío,
porque mi ley es ley del mecanismo
del cual soy parte y en el cual confío.

Y el abismo es más grande: ilusionismo
cuanto imagine el pensamiento frío,
—que ve el fulgor en el ardor impío.

La misma ley que rige este espejismo,
sé que me lleva hacia el lugar que ansío,
me deja inmóvil, o me da al vacío.

Temiéndome a mí mismo y a veces admirado
por imprevistos ímpetus de una vida mejor,
paso unas veces loco y otras veces callado
imaginando el trecho de horror o de dolor.

La consciente inconsciencia que convive en mí mismo,
como la ola que alzan los vientos sobre el mar,
es mi genuino espíritu y es mi propio organismo,
pero transfigurados por la ley, o al azar.

Sigo siempre la pauta fatal de incertidumbre
que me baja al abismo y me asciende a la cumbre,
y ni en uno ni en otra satisfago mi ser;

fijo en la estrella vaga, la estrella rutilante,
si voy muy rezagado, si voy muy adelante,
para mí es más extraño que el mañana o ayer.

Rafael Estrada

San José, Costa Rica, 1926.

Japonerías...

Lucías tu kimono de seda del Japón...
En tu pecho mostrabas un tatuaje de *oirá*...
Leve coquetamente tu gracia de botón
aureolaba tu imagen de ensueño y de copal...

Tus manos, que llenaban mi taza de saké
—rítmicas como el habla ritual del mandolín—
teñían, con su suave color de rosa-té,
el *beige* de tu kimono manchado de jazmín...

¿Tú nombre?... algún enigma... acaso eras Yut-Sé,
como en tu *flirt* podías llamarte Nistalbú...
en Yokohama tienen el nombre como tú:
hundido en abolengos de geisha y de musmé...

Tu figura preclara de muñeca oriental
era grácil y un poco romántica también,
cautivaban tus manos, tus plantas, tu mirar,
¡eras un emotivo vibrar de chamisén!...

¿Y tu país?... ¡quién sabe!... pudiera ser Nambú
pues tus ojos tenían la soñación del mar
y el fino encanto de una nipona de alma azul
que aguarda las caricias del bello samurai.

Yo no sabía si eras la música o la flor
de aquel estuche-alcázar de loto y de cristal...;
y al fin fui desistiendo de declararte amor,
dormido entre las nubes de un sueño artificial...

Baltasar Dromundo

México, D. F.

El arte de Pedro Salinas

(Véase en esta entrega, el fino relato de la pág. 102).

EL libro, de Pedro Salinas, *Víspera del gozo* ha merecido elogios sinceros de algunos camaradas; me adhiero a ellos de todo corazón. Pedro Salinas, entre la gente nueva, entre los nuevos escritores, es un valor real, positivo. Ajusta la práctica a la doctrina — cosa que no suele acontecer, tratándose de los escritores nuevos—. Y tiene, claro está, talento, ingenio, habilidad, inspiración para crear obras, en verso y en prosa, ajustadas a la novísima doctrina que sustenta. Y, ¿qué es el libro *Víspera del gozo?* El volumen es un conjunto de visiones novelescas del mundo; no se puede decir que estos fragmentos son cuentos o novelitas; no se puede afirmar tampoco que son ensayos filosóficos. El autor ve el mundo, observa la realidad, estudia cosas y personas, y luego, en prosa clara, limpia, exacta —deliciosa, verdaderamente deliciosa prosa, sin pedantería—, nos va ofreciendo, con amenidad, el fruto de su estudio, de sus observaciones.

Me sumo de buen grado a los elogios que ha merecido el librito *Víspera del gozo;* pero disiento de la explicación dada por los compañeros aludidos. Pedro Salinas ha traducido a Proust; lo ha comentado; ha sido en España uno de los más fervientes propagadores del nombre de ese novelista. Y ahora, al publicar una colección de cuentos, se ha proclamado que el arte de Salinas procede de Prouts. Y se ha insistido mucho, vehementemente, en este parentesco. Disiento de este punto de vista. Veamos, primero, cómo procede Proust; veremos, después, cómo escribe Salinas. Nada más opuesto, más antagónico, que estas dos maneras de novelar, la de Proust y la de Salinas.

Proust se halla frente a la realidad; frente a la realidad se ha de colocar todo escritor que desee novelar. Los novelistas anteriores a Proust aceptan la realidad tal como había llegado hasta ellos; el lente con que los demás novelistas veían la realidad era el mismo usado tradicionalmente, desde hace siglos. Lo que variaba era la calidad del cristal, su mayor o menor limpidez. En Proust no varía sólo la calidad del cristal; varía su potencia para hacer ver al novelista las particularidades de la realidad. De un golpe, el mundo exterior se agranda para Proust. Surge en ese mundo una muchedumbre de pormenores, de detalles, de accidentes que antes no existía. Y, al hacerse más fina, más menuda la trama de la realidad, aparecen en ella también conflictos, problemas, dramas que antes no se veían. Todo es más ceñido, más circunstanciado, más exacto, más minucioso, y, naturalmente, al acercarnos a ese tejido menudísimo, nos percatamos de que existen en él pasiones, intereses, tragedias tan interesantes como los otros grandes dramas de la vida; pero que no conocíamos. El autor no ha empleado un procedimiento distinto de observación del empleado por otros novelistas; no nos cuenta tampoco sus experiencias por procedimientos diversos de los conocidos. Lo que ha hecho es ensanchar formidablemente, inmensamente el campo de la experiencia novelística. Todo un mundo que no sospechábamos ha aparecido bajo su pluma. En ese mundo, un matiz, un viso ligero, un tornasol, una variante suave —todo dentro del dominio de la psicología humana—adquieren un valor importantísimo, extraordinario. La realidad se ha ensanchado, sí; pero el procedimiento para expresar esa realidad insospechada, originalísima, es el tradicional; es el procedimiento directo, recto, franco.

Otro es el caso de Salinas. En Salinas, el procedimiento recto desaparece. Todo en él es indirecto, fragmentario, inconexo (inconexo aparentemente). Dice Fray Luis de Granada, en su *Introducción del símbolo de la Fe,* hablando de las imágenes de las cosas: «Todas las cosas visibles, que son las que tienen color o luz, producen de sí en el aire sus imágenes o figuras, que los filósofos llaman especies, las cuales representan muy al propio las mismas cosas cuyas imágenes son».

Ahora imagine el lector que un novelista —en este caso Pedro Salinas—trata de dar la imagen de una mujer; la imagen de esa mujer es conocida del novelista; la imagen de esa mujer, en abstracto, generalmente, es conocida de todos. Pero en una mujer determinada existen muchas imágenes; varían las imágenes con la hora del día, con el traje, con la expresión, con el sentimiento (odio, amor, capricho pasajero) que la anima. El novelista espera en un Museo, donde se han dado cita los dos amantes, a esa mujer. ¿Cuál es la amada que vendrá? Entre todas las múltiples imágenes de esa mujer, ¿cuál es la que va a aparecer por la puerta dentro de un instante? Las varias especies de la amada están todas en el espíritu del novelista. De todas esas especies, el escritor va tomando una parte. Tal vez la amada que aparezca sea la esperada; pero acaso sea también otra. Y el novelista está viendo a su amada—y está esperando su visión—, no de un modo directo, franco, como Proust, sino *indirectamente,* como si tratara, no de las especies de las cosas, sino del reflejo de esas cosa en múltiples espejos. La diferencia entre Salinas y Proust no puede ser más radical.

Esa diferencia se comprueba una vez más, no sólo en el relato o cuento a que hemos aludido (titulado *Aurora de verdad),* sino en el ensayo *Entrada en Sevilla.* Los dos son fragmentos admirables. Y en este de la *Entrada en Sevilla* se puede ver, mejor que en el precedente, ese procedimiento de reflejos, de pedazos de las cosas, que Salinas emplea. No nos ofrece en esas páginas el autor una descripción de Sevilla. En automóvil, raudamente, el novelista penetra en la gran ciudad. Proust nos daría una descripción directa, minuciosa, exacta, de Sevilla. Salinas, indirectamente, por reflejos rápidos, en pedazos inconexos, nos ofrece la sensación—honda, originalísima— de la maravillosa urbe. Póngase esta descripción de Sevilla al lado de una descripción de Proust. ¿En donde está la semejanza de uno y otro arte? ¿En dónde la paridad de una y otra técnica? En uno de los dos novelistas encontramos las especies de las cosas directamente vistas; en el otro, los reflejos de las especies. Y esto es todo.

¿Influencias de un autor sobre otro? El problema de las influencias es inmenso y curiosísimo. Las influencias de un autor sobre otro revisten las formas más extrañas, y se llega, por medio de esas influencias, a los resultados más inverosímiles y sorprendentes. Otro día tocaremos esa materia. La nota de hoy no tiene más valor —si tiene alguno—que el ser la explicación de un escritor, de la técnica de un escritor por otro escritor.

AZORIN

(De *A B C*, Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica